ESCALOFRÍOS TERROR

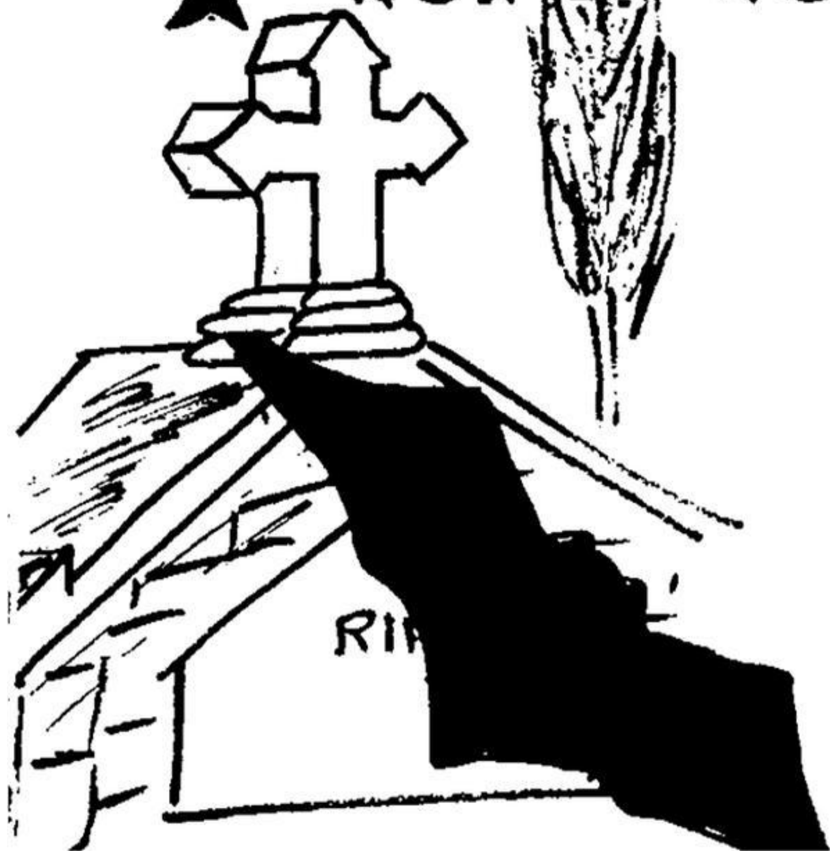
RALPH BARBY

34

QUERIDO MUÑECO



escalofríos de TERROR



RALPH BARBY

QUERIDO MUÑECO

colección
Escalofríos TERROR nº 34



EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

ISBN — 84-7750-088-6
Depósito legal: M-9160-1989

1ª edición: mayo 89
1ª edición en América: noviembre 89

Concedidos derechos exclusivos a favor de Ediciones Olimpic S.L.

Imprime LITOPRINT-GIESA

Distribuye M.I.D.E.S.A.

que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Los grandes almacenes urbanos se hallaban repletos de luz y de gente. Los fluorescentes se contaban por millares, despidiendo luz sobre los mostradores repletos de artículos y los rótulos anunciadores de rebajas tentadoras.

Al otro lado de las gruesas paredes de hormigón, la tarde invernal moría con rapidez, enfriada por una fina y casi imperceptible agua nieve que abrillantaba el asfalto y el enlosado de las aceras.

Los automóviles llevaban ya sus luces de posición encendidas y los faros de frenado se encendían como ascuas advirtiendo de inmovilidades repentinas.

Dafne no sabía muy bien por qué estaba dentro de los grandes almacenes, como una mariposa nocturna más que acudía atraída por las luces.

Por aquellos días no había pensado comprar nada, se sentía bien con cuanto tenía de vestuario y no había apartado ningún presupuesto para gastos en las atractivas rebajas que se anunciaban en tantos lugares.

Mientras cientos de mujeres y algunas decenas de hombres mezclados entre ellas, se afanaban en remover montañas de prendas de los más vistosos colores, Dafne caminaba casi como una sonámbula por los estrechos pasillos que se abrían entre los mostradores.

"Por lo menos, aquí no hace frío", pensó.

Hubiera sido mejor meterse en un cine para matar la tarde, pero quedaban ya pocas salas de cine y las programaciones no eran excesivamente atractivas. En momentos de desgana como el que la envolvía, la televisión la aburría. Rose, Mary y ella habían hablado de comprarse un aparato de video, pero aún no se habían puesto de acuerdo con la marca y las prestaciones a exigirle.

De pronto, sucedió lo inesperado.

Toda la grandiosidad de luz que ofrecían los grandes almacenes para que sus clientes pudieran ver con detalle los géneros expuestos, se apagó.

Se hizo una oscuridad total, como si el día se hiciera noche de

súbito, como si las tinieblas se apoderaran ansiosamente del mundo.

De no llenarse inmediatamente la oscuridad con un rumor generalizado de protesta y miedo, Dafne hubiera podido pensar que de repente había dejado de ver, que se había vuelto ciega, que sus retinas habían arrugado sus telas para que sus ojos no volvieran a ver jamás.

Pero, alguien encendió un encendedor de gas y luego otro, al tiempo que comenzaban a oírse cortos chillidos, como de ratitas asustadas. Aquél podía ser el comienzo del pánico que podía contagiarse a todos los clientes encerrados en los grandes almacenes que se habían quedado sin fluido eléctrico. De pronto, hubo parpadeos luminosos, pero las luces piloto también fallaron y la oscuridad siguió reinando en los grandes almacenes de paredes ciegas. Las llamitas de los encendedores aparecían y desaparecían como burlones fuegos fatuos.

—¡Encendedores, no! —gritó alguien—. ¡Encendedores no, pueden prender fuego y arderían los almacenes!

La palabra "fuego", pese a ser dicha en el mismo tono y volumen que las otras, tomó mayor fuerza de propagación. Aquella palabra, tantas veces gritada a lo largo de generaciones, hacía saltar las dendritas de las neuronas cerebrales. Algunas se paralizaban, otras lo contrario, se agitaban, y las personas actuaban en consecuencia.

—¡Fuego!

—¡No, no hay fuego! —gritó un hombre— El grupo electrógeno de emergencia se pondrá en marcha enseguida. Despacio, sin correr, diríjanse hacia las escaleras. Abajo está la planta y podrán ir saliendo ordenadamente a la calle.

No se veía al hombre que pedía calma y daba instrucciones para que no cundiera el pánico, pero el pánico ya estaba en los ojos de los clientes que sólo veían oscuridad.

Dafne se sintió empujada, zarandeada.

Toda aquella gente que había acudido en busca de la "rebaja" que la hiciera sentirse muy lista, corría ahora en busca de las escaleras, incluidas las automáticas que habían dejado de moverse y que permanecían inmóviles aguardando como una trampa a quienes en vez de descender normalmente iban a rodar sobre sus peldaños.

—¡La salida! ¿Dónde está la salida? —chillaba una mujer al borde del llanto histérico.

No eran pocas las personas que corrían en dirección contraria.

Varios mostradores se derrumbaron. Un niño comenzó a gritar entre lloros, había perdido a su madre. El caos estaba servido.

Al sumirse en la oscuridad, al quedar ciega, la gente reaccionaba muy mal aún a sabiendas de que al llegar a la calle recobrarían la luz, cuando menos, la luz de las farolas.

El terror se contagiaba como una deflagración de éter de gasolina al que hubieran lanzado una antorcha encendida.

La voz del hombre que pedía calma apenas era audible y quizás ya nadie la escuchaba. Todo eran gritos, cuando realmente nadie sabía que hubiera un peligro potencial para quienes se habían quedado a oscuras.

No supo si su mano fue a él o él a la mano. Dafne tocó algo que le pareció tierno, agradable, cálido, y casi le dio un zarpazo. Lo apretó contra sí y corrió empujando a derecha e izquierda, abriéndose paso hasta que llegó a las escaleras donde trastabilló saltando varios escalones.

La empujaron con violencia. Consiguió agarrarse a una barandilla y notó que alguien rodaba escaleras abajo.

Ya en la planta baja, una corriente de aire frío la orientó y logró llegar a la calle. Los coches seguían circulando con sus faros encendidos, bien señalizados con sus luces de posición. Allí estaban las altas farolas iluminando las miríadas de gotas de agua nieve que caían sobre la ciudad, enfriándola.

Aspiró hondo. Notó el helor del invierno en sus pulmones, pero se sintió bien. Se volvió hacia los grandes almacenes y comprobó que ya se había hecho la luz.

Reparó entonces que lo que tenía contra su pecho, cogido como si fuera un ser vivo, era un muñeco de trapo y látex, un pequeño payaso de mirada traviesa que se aplastaba entre sus senos como si fuera un bebé asustado.

—Dios mío, he robado un muñeco.

Pensó en retroceder hacia el interior del almacén y justificar aquel hurto pagando su importe o simplemente devolviendo el muñeco. Se lo había llevado sin darse cuenta, había sido un robo instintivo, como el deseo irrefrenable de un cleptómano.

—Si vuelvo, puede ser peor, pueden acusarme de hurto. Después de todo, ya estoy en la calle. ¿Quién puede decirme algo?

Mientras hablaba consigo misma. Dafne se iba alejando de los grandes almacenes. Buscó un taxi pero todos iban ocupados. La noche, el frío, el agua nieve que caía, hacía que los taxis estuvieran tan solicitados que ninguno se veía vacío y Dafne descendió con rapidez la escalera que le conducía a los subterráneos del "metro".

El muñeco seguía apretado contra ella como si demandara protección.

El tren subterráneo también iba lleno. Se introdujo raudo por el negro túnel como si por él tuviera que llegar al averno, pero al poco, se detuvo en otra estación donde más gente subió al vagón y otra cantidad semejante bajó.

Dafne sentía ahora calor, un calor desagradablemente húmedo. Todos cuantos la rodeaban vestían gruesas prendas de abrigo, húmedas por el agua nieve.

Cuando llegó a su apartamento, no estaban sus amigas y compañeras Mary y Rose.

Tomó el muñeco entre sus manos, lo distanció de sí y lo observó con atención. El pequeño payaso miraba como de reojo, lo que le daba un aire malicioso.

Fue a su habitación y colocó el muñeco sobre la almohada de su cama. Luego se desvistió y se puso bajo la ducha caliente.

El agua caliente resbalando por su cuerpo la hizo sentirse bien. Era como despertar de un ensueño triste y melancólico, propio de una fría tarde de lluvia invernal.

De pronto, frunció el ceño, tuvo la impresión de que oía llorar a un niño. Cerró el paso del agua para asegurarse y, aunque lejano, así era, un niño lloraba desconsoladamente.

Perpleja, cogió la gran toalla y secó en parte su cuerpo. Terminó envolviéndose con la propia toalla, hundió los pies en las zapatillas y abandonó el baño, intrigada por aquel llanto. En el apartamento no podía haber ningún niño, vivían solas las tres amigas.

En la habitación no había nadie y el llanto había cesado. Sólo, como algo aún extraño en la alcoba, el muñeco sobre la cama, un muñeco que, al mirarla, semejó sonreírle.

Su bello cuerpo desnudo, húmedo bajo la gran toalla, se estremeció.

Sorpresivamente para Dafne, se abrió la puerta del apartamento y en el umbral apareció Rose que llegó acompañada de dos hombres

jóvenes, altos y fuertes, arabos abrigados con cazadoras de piel que les daban sensación de fuerza.

—Ah, Dafne, disculpa por no avisar.

—Sí, sí, claro —sonrió circunstancialmente y sin querer mirar las caras de los dos desconocidos, se encerró en su alcoba junto con el muñeco que aquella tarde, presa de un pánico colectivo, había robado en los grandes almacenes.

CAPÍTULO II

Rose abrió con sigilo la puerta de la alcoba y se introdujo en ella. Había poca luz. Dafne se hallaba sentada frente a su pequeño tocador, con la cabeza envuelta en una toalla mientras se pasaba una crema limpiadora por el rostro.

—Disculpa, no sabía que te encontraría en la ducha.

—Ya había salido —replicó fría y algo molesta por haber sido sorprendida en una situación tan incómoda.

Era obvio que Rose tenía deseos de disculparse con su amiga.

—Estaban en el teatro. Tade es ayudante de dirección y Hunter, diseñador de decorados, son nuevos en la compañía. Me han traído en coche y no podía dejarlos abajo sin invitarlos a una copa.

—Y menos después de decirles que tenías dos amigas más, ¿no?

—Bueno, ya me gustaría ligarme a los dos, pero no se dejan. Los retengo hasta que salgas, verás que son muy interesantes. —No les habrás propuesto una orgía, ¿eh?

—No, claro que no, sólo una copa y unos videoclips en esa tele gigante tan bonita que tenemos. ¿Les digo que saldrás?

—Tengo para un ratito.

—No te hagas la remolona.

—Es que hoy no estoy de humor.

—Anda, mujer, anímate. ¿Quieres que te traiga una copa aquí y sales más animada? —No, yo no me animo tomando alcohol, ya lo sabes. Anda, déjame, ya saldré. Después de todo, ya me han visto.

—Sí, como una venus emergiendo de una concha en el fondo del mar...

—Tanto como una venus... Menos mal que cuando has abierto la puerta me cubría con la toalla.

—Bueno, me voy, que se van a poner nerviosos. No tardes en salir.

Rose regresó a la salita que compartían en común las tres amigas que tenían alquilado el apartamento.

En la gran pantalla de televisión podía verse un videoclip de

Sting. Tade y Hunter, arrellanados en sendas butacas, disfrutaban del espectáculo. Al reaparecer Rose, ambos la miraron.

Rose, pizpireta, de su natural morena de cabello pero ahora de un rubio grisáceo gracias a la tecnología de la alta peluquería, se les acercó contoneándose lentamente. No quería que las miradas de los dos hombres se apartaran de ella.

—Está arreglándose, no la había avisado. Ya os he dicho que este apartamento lo compartimos entre tres, y no solemos traer a los amigos aquí.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tade.

—¿Te refieres a Dafne?

—Dafne, está bien, es muy bonita, lo mismo que tú.

—Hombre, menos mal. ¿Qué quieres tomar, cerveza o whisky?

—Cerveza, si la tienes.

—Claro que la tengo. ¿Y tú, Hunter?

—Yo, una tónica sola —dijo Hunter.

—Caramba, cómo os cuidáis.

—Es que luego, cuando nos marchemos de aquí no queremos cargarnos todas las farolas de la ciudad —dijo Tade.

Rose quería simpatizar con aquellos nuevos amigos reclutados en el teatro donde había conseguido un contrato de segunda dama, lo que ella consideraba un éxito importante en su carrera artística.

Los dos jóvenes parecían relajados, tranquilos, sin prisas, como si allí hubieran ido a descansar y no a excitarse en compañía de mujeres jóvenes y atractivas.

—¿Os gusta esto?

—No está mal —aprobó Tade.

—Harían falta algunos toques de decoración —opinó Hunter— Luces, cuadros, cambiaría el color de las cortinas y el del sofá, añadiría plantas...

—Ya ha hablado el diseñador de decorados —se quejó Rose que si tenía en la mano un vaso con un combinado de ginebra— Está decorado a nuestro gusto, somos tres chicas y aquí no tenemos público para pedirle que nos aplauda, sólo queremos estar a gusto.

—No obstante, se podría mejorar —insistió Hunter.

—Bueno, tú decorarías, pero eso costaría un riñón.

—No creas, a vosotras os lo hago gratis.

—Sí, tú gratis, pero luego ¿quién compra y qué profesionales

instalan todo lo que a ti se te ocurra?

—Os haré un proyecto para esta salita. ¿Sabías que un buen acuario relaja los nervios?

—Sí, ya lo sé, pero hay personas que detestan los peces, dicen que les traen mala suerte. Tendríamos que hacer un referéndum entre las tres.

—Esa magnífica televisión que tenéis —comentó Tade—, excita y sirve para pasárselo bien, pero en otros momentos, un buen compact-disc de von Karajan con un acuario ante los ojos, sería magnífico.

—Cada cosa en su momento —dijo Rose.

Hunter, riéndose ligeramente, comentó:

—En esta pantalla gigante, el cine porno se verá de fábula.

—Sí, de fábula —asintió Rose—, pero esas sesiones son privadas y sexistas.

—¿Sexistas? —repitió Tade, desconcertado.

—Sí, sólo para nosotras las mujeres.

La aparición de Dafne en la salita atrajo la atención de los tres. La joven se había vestido con un complet de color amarillo muy claro que se cerraba en torno al cuello con un aro dorado y dejaba al descubierto hombros y un gran escote que por la espalda descendía unos centímetros por debajo de la línea natural de la cintura y por delante se abría paso entre los pechos que quedaban bien moldeados por la ropa.

Tade silbó de admiración y Hunter opinó:

—Esto es como el teatro, en poco rato os vemos con diferente vestuario.

—Vaya, Dafne quiere guerra.

—No digas tonterías, Rose, yo quería descansar, pero cómo has convertido el apartamento en un pub, tengo que ponerme a tono. ¿Hablabais de algo interesante?

—Hunter, que es el del pelo crespo —Rose señaló al diseñador de decorados—, opina que tenemos la salita que da pena.

—No he dicho tanto, simplemente que se puede mejorar.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Dafne encarándose con Tade.

—Pues, que cada cual se viste con los trapos que más le gustan o que puede comprar con el dinero que tiene.

—Yo me siento cómoda.

—Y yo —añadió Rose—, y seguro que Mary también. ¿Sabes a qué hora vendrá?

—Muy tarde, la guardia del hospital termina por la mañana.

—¿La otra trabaja en un hospital? —quiso saber Tade.

—Sí, es enfermera especializada en psiquiatría —explicó Rose que deseaba apartar las miradas de los jóvenes de la atractiva Dafne y que se posaran sobre ella. Después de todo, era ella y no su amiga quien los había encontrado.

—¿Tú no te interesas por el teatro? —interpeló Tade a Dafne que se había acomodado en una butaca. Lo había hecho con soltura y al mismo tiempo, con un estilo singular y sensual.

—No, yo no, estoy en lo de marketing comercial.

Rose inquirió:

—¿Te han dado el empleo en los grandes almacenes?

—No, estoy esperando el resultado de las pruebas.

—¿Y no te han dicho para cuándo será? —insistió Rose.

—No, y tampoco tengo prisa. Este período de "paro" me lo tomo como unas vacaciones, pero si no me dan ese trabajo en los grandes almacenes, me lo darán en otra parte, seguro.

—Podrías pasarte por el teatro —le propuso Tade.

—Sí —dijo Hunter—, allí te divertirás. Es cómo un frenopático, los paranoicos hablan solos, los esquizofrénicos huyen de los acreedores disfrazándose, tomando personalidades distintas. Allí, si hay alguien de más, no se nota.

—Pero si hay alguien de menos, sí —se quejó Rose—. V si no, que lo diga Tade.

El aludido, en vez de explicar algo sobre lo que pedía Rose, comentó:

—Estamos ensayando una obra psicológica.

—Parece un terror de Polansky —opinó Rose — Hay momentos en que creo volverme loca como la protagonista de "Repulsión".

—La que se vuelve loca es Deborah, la protagonista —puntualizó Tade.

—Sí, pero yo también me vuelvo loca aunque no sea en el escenario. Además, Gimson, tu jefe, nos vuelve locos a todos.

—Admito que Gimson es muy exigente, pero cuando se ha de controlar a un puñado de actores para dirigir una obra y ponerla en escena, también soy de la opinión de que hay que ser duros. Eso de

que cada actor haga lo que quiera o sienta poniendo sus "morcillas cuando le apetece, no conduce a una buena representación. Los que dejan hacer todo lo que quieren a los actores, por importantes que estos sean, es que son directores carentes de personalidad.

—Queda claro que el gran Tade, sucesor del famoso director Samuel Gimson, va a practicar la línea dura —dijo Rose ampulosa y teatral, levantándose de su silla como si estuviera interpretando para mil espectadores una obra medievalista.

—Está bien, me pasaré por el teatro —aceptó Dafne—. Quizás me divierta.

—Hasta que una actriz se ponga enferma y alguien tenga que sustituirla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rose a Hunter.

—Ya sabes, la única forma para que los novatos salgan a escena es que uno de la pandilla se ponga enfermo súbitamente y haya que sustituirlo. La solución más rápida cuando fallan las llamadas a los posibles, es probar a todos los que hay en el teatro, desde el electricista hasta algún aficionado.

—¿Lo oyes, Dafne? Te quieren meter en el teatro. No lo hagas, siempre serás pobre. La vida de las actrices es muy diferente a lo que se cuenta en las películas de esas mismas vidas.

—Quizás sea divertido presenciar uno de los ensayos —admitió Dafne—. Necesito moverme un poco mientras espero mi próximo trabajo.

—Dafne, si les haces caso, te arrepentirás. Yo, de ti, tomaría un boleto de avión y me iría a tomar el sol unos días a España y me dejaría de historias de meterme en un teatro de locos donde se está ensayando una obra de locos. A Tade y a Hunter les has caído muy bien y quieren tenerte cerca para no perderte de vista. Eres como una linda ratoncilla y ellos, un par de perversos gatos con uñas afiladas.

—Lo dices como si estuvieras al margen de sus intereses de sexo —replicó Dafne, sin importarle que ellos estuvieran delante.

—No sé por qué, pero me da la impresión que desde que te han visto envuelta en la toalla han dejado de pensar en mí, metiéndome en el cajón del olvido, para interesarse exclusivamente por ti.

Los dos hombres no supieron negar las palabras de Rose, ni siquiera ironizaron al respecto para suavizar la situación en la que

Rose quedaba desairada.

Dafne sintió todos los ojos clavados en ella. Le gustaba mucho Tade, no tanto Hunter, pero en aquellos momentos, hubiera deseado que los dos abandonaran el apartamento.

CAPÍTULO III

El psiquiatra doctor Norton tardó en levantar su mirada, ajustada con gruesos cristales de miope, de los documentos que estaba revisando para clavar sus ojos en la enfermera que se hallaba en pie al otro lado de la mesa.

—Mary, quiero que tengas en observación durante la noche a la nueva ingresada.

—Todavía no la he visto.

—Se trata de una joven que nació en Alemania, aunque salió de allí hace muchos años.

Es hija de unos diplomáticos que desean la máxima discreción en este asunto.

—¿Drogadicta? —inquirió lacónica la joven enfermera.

—Supongo que habrá tomado algo de droga, pero no es ese el caso. Se trata de una muchacha con trastornos de cambio de personalidad.

—¿Esquizofrénica?

—Sí. Hemos de impedir que esa personalidad dual se estratifique en su mente de forma crónica e irreversible. De momento, sólo ha tenido trastornos esporádicos.

—Y cuando cambia la personalidad, ¿en qué cree convertirse?

—En la Josefina de Napoleón, no —bromeó el doctor Norton—. Parece ser que adquiere una personalidad dura, despiadada y algo sádica, es lo que dicen sus padres. Yo todavía no he podido llegar al fondo del asunto. La tendremos una semana en observación sin darle la impresión de que lo que padece sea una afección grave. Oficialmente vamos a tratarla de una pequeña depresión nerviosa por los malos resultados de sus estudios.

—¿Me está pidiendo que trate de ganar su confianza?

—Sería bueno. Tiene una personalidad inestable. Aunque los esquizofrénicos son recelosos y no se confían demasiado en los demás, haz lo que puedas. Que no tenga sensación de encierro. No quiero que las celadoras de fuerza la sometan, en esta situación

podría ser grave. Además, su familia no desea que este asunto trascienda, son agregados de embajada y temen alguna indiscreción.

Mary sonrió levemente, satisfecha porque el jefe médico confiaba en ella para un asunto que él consideraba delicado.

—Seré muy discreta y todo irá bien. Le informaré inmediatamente.

Mary se disponía a alejarse cuando el doctor Norton la retuvo.

—Un momento, falta algo importante.

—¿Sí, doctor?

—La paciente, que se llama Hanelore, físicamente se parece mucho a ti.

—Es curioso. —Sonrió de nuevo, no sabiendo si sentirse halagada o simplemente no dar importancia alguna a aquella observación.

La puerta de la habitación que ocupaba la paciente Hanelore, como otras puertas de la pequeña clínica privada de psiquiatría, tenía un cerrojillo giratorio que quedaba disimulado. Era una medida de seguridad para que las enfermas, aún no siendo consideradas peligrosas, no pudieran escapar.

Abrió el cerrojo y entró en la estancia, luminosa y aséptica. Había una cama de noventa centímetros de ancha, una mesita de noche, un escritorio, una silla, un armario y una ventana con cristal de seguridad y cierre con llave.

Las paredes estaban tapizadas con tela de arpillera muy clara, dando sensación cálida.

La muchacha se hallaba sentada en la cama, leyendo una revista. Al entrar Mary, la miró y la enfermera le devolvió la mirada. Quiso sonreírle para congraciarse con ella de inmediato, pero la sonrisa se enfrió en su boca. En vez de hallarse ante otra joven mujer, tuvo la impresión de enfrentarse a un espejo.

—¿Hanelore? —Al tiempo que mentalmente se llamaba estúpida a sí misma por aquella pregunta, inquirió—: ¿Te encuentras a gusto?

—¿A gusto aquí? No soy idiota ni me chupo el dedo, esto es una clínica psiquiátrica.

¿COITO voy a sentirme a gusto encerrada aquí?

—Sí, claro, pero estar aquí no significa tener problemas serios —replicó Mary. Se acercó a la cama y dio una ojeada a la revista, sin

quitársela de las manos—. Estás en observación. Parece que tienes un poco de depresión y las notas del colegio no son muy buenas, es lógico que tus padres estén preocupados por ti. Verás cómo aquí lo pasas bien, el doctor Norton es un médico excelente, ya lo irás comprobando.

—El cree que estoy loca, como mis padres.

—Vamos, vamos. Aquí sólo llegan casos leves y en fase inicial, así se impide el avance de cualquier problema serio.

—Te lo voy a decir con toda claridad: Quiero irme, no estoy loca y este sitio no me gusta. Mis padres me han hecho una marranada trayéndome aquí. ¿Cómo han podido tratarme como a una loca si ni siquiera tomo drogas como muchas otras? ¿Tú te drogas?

—No, claro que no.

—Hum, faltaría conocer la verdad. Vosotras las enfermeras sabéis muchas cosas y cómo disimilar.

Mary notaba la creciente tensión de la joven Hanelore que al hablar más aprisa, con más nerviosismo, se le notaba el acento germánico.

—Saldrás en pocos días, me lo ha dicho el doctor Norton.

—Sí, eso es lo que se dice para calmar a la víctima y que se vaya acostumbrando a su encierro. Después vienen los sedantes, las inyecciones para transformar al paciente en una babosa sin voluntad.

—¿Quién te ha contado todas esas tonterías?

—He leído mucho. Me habéis metido en una trampa, pero soy libre y me marcharé.

—Naturalmente que te marcharás y yo me alegraré de que así sea.

—Eres una mentirosa.

Mary comenzó a preocuparse. El doctor Norton le había pedido que se congraciara con aquella paciente, pero corría el riesgo de no conseguirlo. La chica se lo estaba poniendo difícil.

—Quiero que seamos amigas. Pídeme lo que quieras y trataré de conseguírtelo.

—Mi ropa.

—¿Tu ropa?

Instintivamente, Mary miró hacia el armario.

Con una agilidad que sorprendió a la enfermera, Hanelore saltó

de la cama y se acercó al armario abriéndolo de par en par.

—Vacío, ¿lo ves? Vacío. Sólo tengo un camisón y no me han dejado sujetador ni bragas. ¿No es esa una medida que habéis tomado para que no me vaya? —Sonrió sarcástica— Además, habéis puesto llave en la puerta.

—Todo esto no tiene mayor importancia. Hablaré con el doctor Norton y le preguntaré por tu ropa, seguramente habrá sido una confusión. A veces se llevan a la lavandería la ropa de los pacientes sin darse cuenta.

—Eso, habrán confundido un chaquetón de napa con una bata de enfermera... No estoy aquí por subnormal, querida.

—Algo habrá sucedido, yo lo arreglaré.

—Sí, y mientras tratas de arreglarlo vendrás a verme con una jeringuilla para inyectarme un sedante y que no os dé la lata.

—¿Crees que podría ponerte una inyección contra tu voluntad?

—Si me ponéis una camisa de fuerza o me sujetan unos matones con chaquetilla blanca...

—Será mejor que olvides todo lo que hayas leído sobre clínicas psiquiátricas, incluido lo que hayas visto en películas. Aquí nada de electroshocks, palizas ni duchas frías. Tampoco vas a tener camisa de fuerza ni nada por el estilo.

—Claro que no, pero será porque me iré.

—Por supuesto que te vas a ir, dentro de una semana, después de que pases el período de observación. También puedes llamar a tus padres y ellos se te pueden llevar mañana mismo.

—¿Mis padres? Ellos me han traído aquí. Me odian, sí, me odian ferozmente y por eso me encierran. Son tan listos como perversos. Empiezan con una clínica privada, pero su intención es acabar internándome en un manicomio público para que me frían los sesos en el electroshock.

—fio te preocupes, no te sucederá nada de eso. Ahora mismo voy a hablar con el doctor y él te tranquilizará mejor que yo. Sólo trataba de ser tu amiga. Las noches en la clínica se hacen largas y mejor tener amigas para charlar y cambiar impresiones. A mí me gusta mucho Bruce Springsteen. ¿Y a ti?

—Oye, mema, ¿te has creído que soy tan estúpida como tú? Nos parecemos mucho, ya me he dado cuenta de ello, pero yo soy más inteligente de lo que supones.

—Nadie lo pone en duda.

—Yo nunca hubiera sido enfermera, en todo caso, médico.

—Ya, debes de tener un coeficiente de inteligencia muy alto. Ahora voy a hablar con el doctor Norton y verás cómo arreglamos lo tuyo.

—Espera, espera, hay algo que no te he dicho aún.

—¿El qué?

—Que aunque seamos casi iguales físicamente, estoy más preparada que tú.

—¿Ah, sí?

—Sí, soy cinturón negro de Karate.

De pronto, Mary tuvo miedo. En otras ocasiones había sentido aquel miedo al entrar en dormitorios de enfermas mentales sin la protección de unas celadoras forzudas.

Estaba sola con Hanelore y la puerta se hallaba entornada, casi cerrada. Tenía que retroceder con cautela, salir en un movimiento rápido y cerrar, lo había hecho otras veces y le había salido bien.

Los ojos de la paciente tenían un brillo especial, un brillo fijo. Era la mirada del cazador que carece de piedad para con su presa.

—Estoy segura de que seremos buenas amigas —dijo Mary, nada convencida de sus palabras.

Con los brazos caídos para no provocar nerviosismo en Hanelore, se encaminó hacia la salida.

Escuchó un grito corto, agudo.

Hanelore saltó como un felino por delante de ella, se movió con una rapidez a la que Mary no estaba acostumbrada.

Había tenido problemas con otros pacientes sufriendo ataques de locura desenfrenada. La fuerza de un loco en esas circunstancias se multiplicaba y las celadoras más forzudas tenían dificultades para controlar tales situaciones cuando se producían; mas, en esos ataques de locura había mucha fuerza, pero no había habilidad ni técnica de lucha. En el caso de Hanelore, todo era distinto.

Sin ser una forzuda, sin echar espuma por la boca, sin gritar, sin un desorden mental completo, saltó sobre ella pegándole un durísimo taconazo en el vientre que dejó a Mary pálida y sin siquiera poder gritar. Después, un golpe con el canto de la mano sobre una clavícula la hizo ladearse.

Hanelore, que parecía complacerse en aquella situación como un

gato que retuviera a un ratón entre sus garras, prolongando así su agonía, le dio otro golpe en la base del cuello, en el lado contrario de la clavícula golpeada.

Mary se enderezó, pero fue para recibir más golpes. Hanelore evitó tocarle la cara, pero sabía golpear muy bien. Mary la veía ante sí como un reo ve a su verdugo torturador del que no puede escapar.

Los puñetazos se prodigaron en puntos especialmente sensibles. Mary dobló las rodillas y luego el cuerpo. Los golpes cayeron sobre su espalda hasta que perdió el conocimiento y el suelo pareció ceder bajo su cuerpo, engulléndolo dolorosamente.

CAPÍTULO IV

Dafne admiró secretamente a su amiga Rose. La vio moverse en el escenario con soltura, nada tensa, metida de lleno en su personaje.

No era la primera actriz de la compañía, pero su papel en el drama no carecía de fuerza.

El ensayo era tan perfecto, llevado bajo un férreo control, que no se notaba que lo fuera. Incluso, la obra adquiría una dimensión extraña al hallarse la sala vacía, butacas huérfanas de ocupantes que no delataban una falta de interés hacia la obra o que hubiera sido calificada como rematadamente mala. No había desencanto alguno en los actores, para ellos era como si la sala estuviera a rebosar de público.

Eran conscientes de que el ensayo estaba saliendo perfecto y se sentían orgullosos de su trabajo, del personal de cada uno y del conjunto. Era como una corriente que se transmitía de unos a otros y les apoyaba, no había titubeos ni indecisiones.

Dafne participaba de aquel embrujo creado en el escenario. La farsa se hacía realidad, no creaba sentimiento de absurdo sino todo lo contrario. Creaba conciencia de su realismo, del drama que escenificaban.

—¡Tu muerte será la vida de nuestra naciente religión que será milenaria! —gritaba con actitudes mesiánicas el primer actor mientras alzaba un enorme y brillante cuchillo sobre el cuerpo de Rose que estaba arrodillada. Dos actrices que en escena formaban parte de la secta la sujetaban por los brazos.

—¡No, no quiero ser mártir, no quiero morir!

—Nos hace falta una mártir para ser creíbles y tú serás la primera. Serás la amada, la siempre recordada, la guía de los indecisos, la madre de los débiles.

—¡No, no quiero morir, no quiero! —suplicaba Rose, forcejeando sin poder escapar.

—¡Dame ese cuchillo! —exigió la primera actriz que se convertía

en sacerdotisa de la secta.

—Esto ha de ser un sacrificio —le replicó el hombre que se disponía a matar a Rose.

—No ha de ser un sacrificio si no un martirio. Si la degüellas, será una ofrenda; en cambio, si muere a manos de nuestros enemigos, será una mártir.

—¿Y quién ha de matarla?

—La policía, el brazo armado de esa sociedad que condenamos, que aborrecemos, esa sociedad contra la que luchamos y que no logrará engullirnos para que pasemos a formar parte de su podredumbre.

—¿Y crees que la policía la matará, crees que ellos la harán mártir?

—Si. Yo la enloqueceré y ellos asesinan todo aquello que escapa a su control.

—¡Dejadme vivir, dejadme vivir, os lo suplico! —chillaba Rose desaforadamente.

—¡Ay! —exclamó de pronto Dafne en su butaca mientras la representación continuaba en el escenario.

—¿Te he asustado?

—¡Tade!

El joven moreno, de risueños ojos castaños, se había sentado en la butaca posterior a la que ocupaba la muchacha.

—Sí, estaba absorta —confesó Dafne.

—Lo hacen muy bien, ya veremos que tal funciona con público.

—Será un éxito.

—No estés tan convencida, nunca se sabe cómo va a reaccionar la gente. Es distinto cuando se trata de público adicto.

—Rose lo hace muy bien.

—Sí, puede llegar a ser una buena actriz.

—¿Es que acaso no lo es aún? —preguntó, hablando siempre en un tenue cuchicheo., —No se lo digas, pero todavía tiene bastante que aprender, claro que tiene madera.

—Ya me gustaría a mí hacerlo como ella.

—Es que tú te dedicas a otra cosa.

A Dafne dejó de interesarle la obra teatral que proseguía con la entrega total de actores y actrices. Lo que le importaba en aquellos momentos era sentir junto a su oreja la vibración de los labios de

Tade, el aliento varonil caldeando su oído y algo más que no sabía cómo definir pero que nacía de los labios de Tade muy cercanos a su oreja y que le causaba unas cosquillas muy agradables. Era una sensación sensual que comenzaba a turbarla, la hacía sentirse mujer.

Deseaba que Tade no se apartara, que mantuviera su posición tras ella junto a su cabeza, que le siguiera hablando, importando muy poco lo que dijera, porque ella entendería que le decía que era hermosa, que la amaba, que Ja amaría toda Ja vida y frases semejantes.

Si Tade hubiera pasado sus brazos por encima del respaldo de la butaca y acariciado su cuerpo, ella no sólo no se hubiera opuesto si no que le habría dado facilidades.

Terminó la representación y Dafne apenas se dio cuenta de ello. Quedó sorprendida, viéndose a sí misma aplaudiendo más por automatismo y cortesía que por haberle gustado, ya que Tade, jugándose el puesto, la había distraído.

—Felicidades, Rose, has estado estupenda —felicitó Dafne, besando a su amiga en las mejillas.

—No te precipites, esto sólo ha sido el ensayo general, ya veremos cómo va el estreno.

—A mí me ha gustado.

—Sí, le ha gustado lo que le contaba Tade —intervino Hunter irónico, acercándose a ellas.

—Hola, Hunter. Tu trabajo ya ha terminado, ¿verdad?

—Sí. Como no me llamen más, ya puedo irme a otra parte, aunque estaré aquí la noche del estreno y al día siguiente leeré las críticas. Si son buenas, me darán más encargos.

—Todo os saldrá bien, ya veréis.

—Dafne nos da muchos ánimos —opinó Rose— ¿Salimos a tomar algo?

Entraron en un “pub". A Dafne le agradó que Tade estuviera muy cerca de ella, su proximidad la estimulaba. Hunter, percatándose de ello, dedicó sus atenciones a Rose. De este modo, no se creaba conflictividad entre los cuatro.

—¿Te ha parecido una obra tenebrosa? —preguntó Rose abiertamente a Dafne, la cual quedó algo perpleja antes de responder.

—Pues no, no mucho.

—Eso es que no la ha entendido bien del todo —observó Tade irónico.

Alguien propuso ir al apartamento de las muchachas donde podían tomar unas copas más económicas y disfrutar de unos videoclips en la pantalla gigante.

Al abrir la puerta del apartamento descubrieron que la luz de la salita estaba encendida. Rose opinó:

—Mary habrá cambiado su turno de trabajo.

Dafne fue la primera en descubrir a la desconocida que salía de la alcoba de Mary.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, directa.

—Por favor, no hagáis ruido —pidió— Me llamo Sally, soy compañera de Mary.

—¿Le ha pasado algo a Mary? —inquirió Dafne acercándose a la puerta del dormitorio.

—Sí, ha tenido un desagradable accidente —explicó Sally.

Tade, que al igual que Hunter se mantenía ligeramente tras Dafne y Rose, preguntó:

—¿Un coche?

—Nada de tráfico, la han golpeado, pero no es grave. Se le han hecho radiografías y otras exploraciones, sólo tiene que asimilar unos duros golpes que le han dado. Ha tomado sedantes y espero que duerma hasta mañana. Por supuesto, no tiene que acudir por la clínica en tres o cuatro días. Si se encuentra peor, ustedes mismas avisen a la clínica. Mandaremos a un médico.

Rose, preocupada, inquirió:

—¿Tan grave ha sido?

—No es grave —tranquilizó Sally que parecía una decena de años mayor que Dafne o Rose y por tanto, que la propia Mary— Todo pasará. Tendrá unos moretones grandes y los irá asimilando, pero mejor observadla. Ha perdido el conocimiento y eso siempre es preocupante. Si se despierta, no se lo digáis.

—Pero, ¿quién le ha pegado de esa manera? —quiso saber Dafne.

—Una paciente. En psiquiatría siempre estamos expuestas a la reacción violenta e inesperada de los pacientes.

—¿Pondrán una denuncia?

—No, claro que no, es un accidente laboral. La paciente es eso, una enferma, y cualquier juez lo determinaría así. La clínica tiene una póliza de seguros para sus empleados. Cuando se encuentre bien puede reclamar lo que le corresponda, pero lo importante es que se restablezca.

—Y el loco, ¿es hombre o mujer? —inquirió Tade.

—Lo siento, no estoy autorizada a informar sobre los pacientes de la clínica.

—Pero, supongo que el loco o la loca ya estará con la camisa de fuerza, ¿no?

Sally apretó ligeramente los labios. Al fin, sintiéndose acosada por las miradas de los cuatro jóvenes, respondió:

_ No, se ha escapado de la clínica. Y no me preguntéis más, por favor.

—¿Y es peligrosa la loca? Porque es una loca, ¿verdad? —preguntó Rose.

—No, no es peligrosa, simplemente que se sentía mal encerrada y ha querido fugarse. Mary habrá intentado retenerla y ha sido golpeada, la cosa no pasa de ahí. La clínica no es un manicomio penitenciario, se puede entrar y salir.

—Eso es lo que se dice —opinó Dafne— A mí no me gustaría entrar en una de esas clínicas, sabes cuando entras pero nunca cuando vas a salir.

—Son opiniones. Bien, tengo que marcharme a mí trabajo. Dejadla dormir, pero si podéis vigilarla, mejor. Puede quejarse de dolor.

Sally, dando por sentado que las amigas de Mary la cuidarían, decidió marcharse sin demorarse en más explicaciones.

Dafne y Rose se acercaron a la habitación de Mary y al querer hacer lo mismo los hombres, ellas los apartaron.

Mary estaba muy metida en la cama y con el rostro muy pálido, dormía nerviosamente.

Dafne y Rose se miraron y luego cerraron la puerta para encararse con Tade y Hunter.

—Chicos, se ha terminado la fiesta, os habréis de marchar.

—Oye, pues me da miedo salir a la calle pensando que hay una loca suelta por ahí — bromeó Hunter.

—Otra noche será —les despidió Rose empujándolos hacia la

puerta de salida.

—¿A quién se le ha ocurrido la idea de venir aquí? —se preguntó Hunter, ya frente a la puerta del ascensor.

Ya a solas con Dafne, Rose comentó:

—Yo ya había oído hablar de que algunas locas pegaban por sorpresa a las enfermeras.

—Yo tenía entendido que las que pegaban a las funcionarías eran las presas de la cárcel.

—Hum, no sé, más bien creo lo contrario. Ya sabes que lo normal es que el perro muerda al hombre y la noticia es precisamente cuando el hombre muerde al perro. Eso mismo debe ocurrir en la cárcel. Ahora, preocupémonos de Mary, esperemos que no sea grave lo que le ha ocurrido. Está muy pálida, pero en la cara no tiene ningún golpe.

Regresaron al cuarto de Mary para velarla en su infortunio, pero en la mente de ambas estaba clara la confesión de la enfermera Sally: La loca estaba suelta.

CAPÍTULO V

Parecía que todas las farolas de la ciudad estuvieran encendidas; sin embargo, no había nadie, o por lo menos, a nadie podía verse, ni siquiera automóviles. La ciudad estaba vacía, como si todos sus habitantes hubieran huido de ella.

El cielo destacaba oscuro, negro, y las estrellas no podían verse a causa de la luz de las farolas, ya que no estaba nublado. El frío era intenso y de entre los labios de Dafne escapaba un halo visible de vapor.

El suelo brillaba como el charol a causa de una fortísima humedad que hacía que el frío se notara más pese a la ropa de abrigo, una humedad que al amanecer se tornaría blanquecina escarcha.

Dafne se enfrentó al sólido y secular puente que cruzaba el río. Sus aguas eran tan oscuras que merecían el calificativo de siniestras. Todo en torno a la joven era un mundo fantasmagórico que la obligaba a estremecerse, no sabía si de frío, desamparo o miedo.

Por el lado exterior de la balaustrada de piedra ascendían como penachos de niebla y Dafne tenía la impresión de que al otro lado del largo puente había alguien, alguien a quien no podía ver.

"No seas tonta", se dijo. "Si quieres llegar a casa tienes que cruzar el río, tienes que pasar el puente..."

Echó a andar. Se oían claramente sus pasos, el taconeo que no se amortiguaba por nada. No había tráfico que absorbiera aquel sonido mezclándolo con los demás, haciéndolo tomar parte de la estridente y ensordecedora sinfonía de las ciudades.

Sus propios pasos semejaban los pasos de alguien que la siguiera. Se detuvo, como asegurándose de que era su taconeo y no otro el que escuchaba sobre el puente iluminado de trecho en trecho por barrocas farolas de bronce.

Estaba sola o cuando menos, así quiso creerlo. Tenía miedo, sentía la soledad en su corazón y en su estómago, en la inseguridad de sus piernas.

Decidió que cuanto más aprisa caminara, antes terminaría de pasar el puente y aceleró sus pasos.

—Dafne, Dafne…

La voz que la llamaba le llegó lejana y lúgubre, hasta tal punto que no estaba segura de que fuera su nombre el que repetía.

—Tade, ¿eres tú?

Su pregunta no obtuvo respuesta y siguió adelante. El puente se le hacía interminable. Miró atrás, como temerosa de que la siguieran, y ya no vio el principio del puente, la niebla lo cubría. El final tampoco se veía, confundido con la negrura de la noche.

Siguió adelante, pensó que retroceder sería peor. Se asomó a la baranda y no vio nada, ni siquiera las oscuras aguas del río que discurrían silenciosas entre los ojos del gran puente de piedra sucia, roída por el tiempo y la feroz contaminación.

—Dafne, Dafne…

—Tade, Tade, ¿eres tú? —insistió al oír de nuevo la voz de hombre que la llamaba.

El puente, que se le había antojado interminable, había llegado a su fin.

—Tade, ¿estás ahí? ¡Responde, por favor!

—¡Baja, baja!

Ante aquella respuesta siempre lejana, casi ininteligible, se volvió hacia su derecha donde unas escalinatas descendían hasta la orilla del río que en aquel tramo estaba canalizado y con zonas verdes a ambos lados del cauce.

Se metió en la niebla y tuvo miedo de caer al rio, pero la niebla no era compacta, se deshilachaba, abría huecos que luego se cerraban.

—Aquí, al barco…

—¿Barco?

Estuvo a punto de caer al agua. Recuperó el equilibrio y buscó hasta encontrar un pequeño y viejo barco, una embarcación vetusta de madera oscura. Sabía que algunas personas utilizaban aquel tipo de embarcaciones para vivir en el río. La mayor parte de ellas no podían moverse de donde estaban varadas porque corrían el peligro de hundirse.

—¡Tade, Tade!

—Sube a bordo —le pidió la voz que ella iba siguiendo.

Subió por la chirriante pasarela y entró en el barco. No sabía por donde ir, no era una embarcación grande si no todo lo contrario. Cruzó una puerta tras la que descubrió una tenue claridad.

—No hay luz eléctrica y sólo tengo un cabo de vela, pero aquí dentro no hace frío, ¿verdad que no?

La puerta se cerró tras ella. Inquieta, preguntó:

—¿Dónde estás, Tade? No te veo.

—¿Y qué falta te hace? —preguntó la voz varonil, cogiéndola por la espalda, rodeándole la cintura con los brazos.

Suspiró. Se sintió bien apresada por los brazos fuertes. Notó el aliento cálido de él junto a su oreja.

—Tade, ¿quieres burlarte de mí?

—No. Te quiero, te quiero para mí solo.

—Calma, calma. —Notó que el suelo se balanceaba— ¿Nos movemos?

—Sí, rio abajo. No tengas miedo, no hay obstáculos. Es una sensación agradable, ¿verdad? ¿Has hecho alguna vez el amor sobre las aguas?

—No. Te amo, te amo.

Las palabras del hombre la aturdían, le producían una embriaguez que ella no lograba vencer ni asimilar. Deseaba ser amada, pero se negaba a admitirlo.

Giró la cabeza como para enfrentarse a él y su rostro quedó contra el torso desnudo y algo velludo del hombre. Notó el calor, el olor del cuerpo masculino, y su agresividad se disolvía en el cáliz de los deseos donde su saliva se entrecortaba.

—Tade, por favor, por favor...

—¿Qué quieres?

—llévame a tierra, llévame.

—No. No deseas lo que pides, deseas entregarte, deseas mi fuerza.

El la cogió con sus brazos y la levantó en el aire. Dafne cerró los ojos. Todo se movía en torno suyo, se sentía como mareada.

La dejó caer sobre una cama que crujió bajo su peso.

Las manos del hombre comenzaron a desnudarla. Dafne no hacía nada por ayudar, pero tampoco por evitar que él lograra sus propósitos.

Se sintió libre de las ataduras de los vestidos. Era como liberarse

de los sometimientos sociales y regresar a la noche de los tiempos donde nada se prohibía, cuando todos los deseos podían satisfacerse si se tenían fuerzas para ello.

Los besos del hombre cubrieron su cuerpo desnudo arrancándole gemidos de placer. El sabía cómo besar, como lamer, como succionar con habilidad de amante para que ella se estremeciera.

—No, no, noo, no puedo resistirlo —gemía, faltándole el aire.

El subió sobre la cama, sus manos fuertes separaron los muslos femeninos. Volvió a besarla, ahora en el vientre, y buscó el cunnilinguo cuando ella comenzó a temblar. La piel de su cuerpo se humedeció, adquiriendo un olor perfumado toda ella.

De pronto, él se echó a reír.

La risa no era natural, sonaba mecánica, era la risa de un hombre extraño.

Todo se iluminó con una claridad amarillenta y difusa, como si hubieran encendido varias velas en una habitación llena de niebla, pero a él le vio con claridad sobre ella, sobre su bello cuerpo desnudo.

—¡No, no! —gritó, aterrada.

No era Tade sino el muñeco, aquel muñeco que se había llevado de los grandes almacenes. Había adquirido el tamaño de un hombre pero seguía siendo el extraño payasito que se había pegado a sus pechos dentro de la repentina oscuridad de los grandes almacenes.

Tumbada en la cama boca arriba, con el payaso encima de ella riéndose, no se sentía con fuerzas para escapar y gritó aterrorizada mientras sentía que él penetraba en ella, que la hacía suya sin que pudiera impedirlo.

La luz de la habitación se encendió y fue como un fogonazo.

—Dafne, ¿te encuentras bien?

Parpadeó medio cegada, hierática por el terror. Vio avanzar a Rose hacia ella.

—¿Qué te pasa, has tenido una pesadilla?

—El muñeco, el muñeco me violaba…

—¿Qué tonterías dices? En esta habitación no hay nadie, tú estás en la cama, no pasa nada, tranquilízate. Ha sido un mal sueño, te impresionó mucho lo de Mary.

—Rose, Rose… ¿No estoy soñando ahora?

—Claro que no. Ponte la cassette, escucha un poco de música y

luego te duermes. Mary sigue dormida, son las cuatro de la madrugada.

—Gracias por despertarme. Si no me sacas de la pesadilla, creo que me muero.

—Eso de que una mujer se muere porque la violan es muy de película, la realidad es otra.

Descansa, ya has visto que no hay ningún muñeco humano por aquí.

Rose le dio un beso en la mejilla y se alejó hasta la puerta donde preguntó:

—¿Apago la luz?

—No, todavía no, ya la apagaré yo.

—Como quieras.

Y abandonó el dormitorio.

Al quedarse sola en el cuarto, con la luz encendida, se notó incómoda, algo le sucedía. Levantó sábana y manta para verse a sí misma y se descubrió desnuda, con el camisón desgarrado y por entre sus muslos suaves, desnudos y perfumados por un agradable sudor de mujer satisfecha, aparecía la cabeza del muñeco.

Abrió los ojos desmesuradamente. La cara del muñeco estaba pegada a su pubis, desapareciendo entre el rizado y frondoso vello.

Alargó la mano entre indecisa y aterrada.

Cogió al muñeco por los cabellos y lo apartó de su cuerpo. Se encontró con la mirada maliciosa del payasito que parecía sonreír.

Lo arrojó lejos de sí a un rincón de la estancia al tiempo que se decía entre dientes, dominando su miedo:

—Irás a la basura, te lo prometo.

CAPÍTULO VI

El cuerpo femenino se traslucía a través de la mampara de la bañera. Dafne, envuelta en la bata, había cogido un cepillo y mecánicamente comenzó a pasárselo por el cabello rubio cortado en media melena mientras aguardaba a que su compañera terminara con la ducha.

Se cerró el agua, se corrió la mampara de aluminio y plástico y apareció Mary que protegía su cabello con una capucha de plástico para evitar mojárselo. Las miradas de ambas jóvenes se cruzaron.

—¿Cómo te encuentras, Mary?

—Dolorida.

—¿No crees que te has levantado demasiado pronto?

—Estoy algo mareada, pero en la cama aún me sentía peor.

Tomó la gran toalla para secar su cuerpo, perlado de agua. Dafne pudo observar grandes moretones en la espalda y entre los pechos de Mary, también en el abdomen.

—Te golpeó muy fuerte.

—¿Quién?

Ante aquella respuesta, Dafne parpadeó.

—Pues, la loca.

—¿Qué loca? —inquirió mientras se secaba el cuerpo y se situaba frente a un gran espejo con naturalidad.

—¿Es que no lo recuerdas?

—¿El accidente?

—Si a que te golpearan le llamas accidente.

—No sé qué estás diciendo, no te entiendo. Estoy como mareada, no recuerdo nada. Me dijeron que había tenido un accidente, ya sabes, cuando ocurre un accidente te enteras de que eres la víctima cuando ya estás en el hospital.

—¿De veras no recuerdas nada?

—No, parece que sólo tengo unos golpes.

—Pues, será bueno que te revisen la cabeza además del cuerpo.

—Sí, me siento mal. Tenía necesidad de ducharme, tomaré algo pero volveré a meterme en la cama.

—Tu compañera Sally pidió que te vigiláramos.
—¿Sí?
—Sí, ¿no te acuerdas de ella?
—¿Cómo no me iba a acordar de ella, si es mi compañera?
—Ella te trajo.
—No recuerdo, me duele mucho la cabeza. En fin, ya pasará.
Acercó su rostro al espejo y se observó con atención.
—No tengo nada en la cara.
—No, pero estás pálida.
—¿Pálida? Si comiera, pero ahora sería incapaz de tragar nada.
—Te comprendo. Sin embargo, te voy a preparar algo. Cuando hayas comido, yo me bañaré. Esta mañana me siento, me siento... —dudó y algo desagradable se reflejó en su rostro— cono sucia.
Mary comió apenas la mitad de lo que Dafne le preparó. Esta se asomó a la habitación de Rose y comprobó que dormía profundamente.
Sonó el teléfono y casi al vuelo, pues pasaba junto al aparato. Dafne descolgó.
—¿Diga?
—¿Quién es?
—¿Y tú?
—Soy Sally, la enfermera amiga de Mary.
—Ah, hola, yo soy Dafne. Mary se ha duchado y ha comido algo, pero se siente mareada y se ha vuelto a la cama. Tiene unos morados que dan miedo, la loca debe ser de cuidado.
—Parece que sabe Karate.
—No me extraña. ¿La han localizado?
—No, pero no hay temor, no es peligrosa. Si Mary se encuentra mejor, llámanos, y si no, que mañana se pase por la clínica, el doctor Norton la verá y si hace falta la enviará a un hospital para que le hagan un chequeo más estricto.
—De acuerdo —aceptó Dafne, y colgó.
Sumergida en la bañera llena de agua caliente, Dafne se sintió mejor. Tenía miedo a cerrar los ojos para no ver en su mente la cara del muñeco riéndose de ella mientras la violaba.
"Sólo ha sido una pesadilla, una pesadilla estúpida", se repitió, "pero tiraré ese muñeco al contenedor de basura".
Mientras pensaba, se tapó la nariz pinzándola con los dedos para

que no entrara agua. Al sumergir totalmente la cabeza, comenzó a oír una risa masculina, pero como mecánica o hueca, que ya conocía. Se asustó y quiso levantarse pero una fuerza extraña, como si unas manos la sujetaran, la mantuvo aplastada contra el fondo de la bañera.

Se revolvió, luchó por emerger y cuando ya creía que iba a llenar sus pulmones de agua, consiguió sacar la cabeza y asomarse por el borde de la bañera respirando con angustia.

Mientras jadeaba, con la mirada turbia por el agua, buscó al culpable de aquella situación insólita.

No vio a nadie, pero la puerta del cuarto de baño estaba abierta.

Rápidamente, salió de la bañera y comenzó a secarse con la toalla. Se miró en el espejo y se vio tan pálida como antes había visto a Mary.

—¿Cómo se encuentra Mary? —preguntó Rose bostezando.

El sueño pegaba sus párpados y su aspecto era cansado. Se sentó sobre la tapa del sanitario.

—Ha desayunado un poco, pero no está muy bien. Le he visto los golpes, la loca es muy peligrosa.

—¿Tanto daño le ha hecho?

—Si —opinó Dafne— Creo que tendrán que hacerle radiografías y algo más. No me gustan los morados que tiene y está mareada.

Yo no trabajaría en un centro de locos ni por todo el oro del mundo.

—Pues trabajas en un teatro donde todos parecen estar locos.

—Eso es verdad —admitió Rose— Todos parecemos locos y por si faltara poco, la obra tiene miga, me degüellan. Si fuera la primera actriz, me salvaría al final y me casaría con el galán, pero como soy la segunda, me toca morir.

—¿Vas a irte ahora? —le preguntó Dafne.

—Sí. ¿Quieres que te haga algún recado?

—Tengo un muñeco que me cae antipático y podrías llevártelo.

—¿Adónde?

—Tíralo al contenedor.

—¿Te refieres al payasito?

—Sí. Tíralo, no quiero verlo. ¿Sabes que a veces un muñeco te cae antipático y no quieres volver a verlo?

—Bueno, todas somos un poco maniáticas a veces —admitió

Rose.

—Tíralo a la basura y punto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, querida —asintió Rose con un largo suspiro para bostezar después. Le iba a costar desprenderse del sueño que sentía.

CAPÍTULO VII

Tade detuvo su coche frente al edificio donde vivían las tres amigas. Apagó los faros y desconectó el motor, pero no parecía dispuesto a abrir la portezuela y apearse del vehículo.

Puso los antebrazos sobre el volante a modo de apoyo e inclinó la cabeza hacia las manos, pensativo.

—¿Quieres que vayamos a otra parte? —preguntó él sin mirar a Dafne que a su lado había sacado un cigarrillo del paquete que llevaba en su propio bolso y lo encendía con el mechero del automóvil.

—Mary debe estar arriba —objetó ella tras la primera chupada al cigarrillo.

—Eso de tener un apartamento compartido sale a cuenta económicamente, pero quita mucha libertad, a menos que no tengas inhibiciones.

—Lo siento, Tade, yo no sabría comportarme nunca como una puta.

—¿Cómo una puta? —repitió Tade volviendo su cabeza hacia ella para buscar en los ojos verdes de Dafne la verdadera intención con que había dicho aquello.

—Sí, eso de entrar en una habitación y fornicar, porque eso es lo que tú quieres, ¿no?

—Lo dices de una manera. Yo sólo...

—Sólo quieres acostarte conmigo.

—Bueno, si —aceptó él—. ¿Y es algo malo, acaso he intentado violarte?

—Disculpa, Tade, creo que los dos estamos algo nerviosos.

—¿Yo?

—Pues yo sí —aceptó Dafne— Estas situaciones me ponen nerviosa, he tenido pesadillas.

—Está bien, está bien. —Suspiró. Luego, como dispuesto a olvidarlo todo, apartó su cabeza del volante. Se acercó a la joven y la besó amistosamente en la mejilla—. Las mujeres tenéis vuestras cosas y nosotros los hombres a veces pensamos que sólo sois

muñecas y nada más.

—Lo que acabas de decir me gusta, demuestra que eres comprensivo, que tienes sensibilidad, que no eres un bruto como muchos. Ir detrás de una chica no es como entrar en un prostíbulo, coger a una puta de la mano y llevársela a la cama, es algo más.

—Tienes razón, quizás he ido demasiado al grano, pero a algunas les gusta, no creas. Me doy cuenta de que a ti tendré que hacerte el juego de los regalos de flores, de bombones y otras chucherías.

—Tampoco soy una cursi, simplemente que estoy un poco rara. Mira, ahí sale Mary.

Al percatarse de que ella iba a bajar la ventanilla del coche, el joven la contuvo.

—No la llames, esta noche es nuestra.

Dafne sonrió. Volvió la mirada hacia Mary, que se alejaba caminando por la acera, perdiéndose entre las sombras, y opinó:

—Parece muy mejorada, anda muy aprisa. Tiene unos cardenales impresionantes en todo el cuerpo. La loca sabe Karate.

—Diablos, pues tropezarse con ella es todo un peligro.

Celebro que Mary se encuentre mejor. Creí que tenía que hacerse otro repaso médico, no la veía nada bien, pero por la forma que camina...

—Sí, a mí me parece que camina aprisa y muy bien. Por cierto, arriba ya no queda nadie...

—¿Nadie? —La joven se volvió hacia Tade, sonriendo con complicidad.

—Rose está en el teatro y Mary se acaba de marchar, enfundada en su gabardina roja, sólo quedas tú. ¿No me invitas a ver tu colección de mariposas exóticas?

—Granuja, yo no tengo ninguna colección de mariposas.

—Por lo menos tendrás unos cuantos sellos.

—Tampoco, pero algo encontraré para enseñarte, te lo has ganado.

Subieron al apartamento.

Ya en el ascensor, Tade la besó, como ofreciéndole los preliminares de lo que iban a ser grandes emociones.

—Cálmate, tranquilo, no seas impaciente.

Ya en el apartamento, Dafne le dijo:

—Voy un momento al baño.

Tade quedó solo en la salita confortablemente caliente. Ya se sentía bien en aquella estancia. Buscó entre las cintas de video y algo escondida encontró una que le pareció muy interesante.

Colocó en el video aquella cinta pirata sin etiqueta de procedencia y se dispuso a visionar la pantalla gigante. Para ello, cerró luces, dejando sólo una indirecta de color ámbar que había en un rincón junto a una planta y que no estorbaba lo más mínimo para la contemplación del televisor.

Pronto se percató de que estaba viendo una serie de videoclips encadenados de temática entre erótica y porno, con buena música de acompañamiento.

Las fantasías eróticas más espectaculares habían sido grabadas allí, con hermosas mujeres y apuestos jóvenes, utilizando mucho el ordenador para conseguir efectos impactantes en color y formas.

—¡Uau, lo has sabido encontrar! —exclamó Dafne divertida.

Tade se volvió hacia ella. Sus ojos castaños expresaron admiración y deseo y ella se percató del efecto que causaba en el hombre.

Dafne vestía una amplia camisola de color anaranjado fosforescente sobre una falda muy corta de piel negra que dejaba ver sus muslos por encima de las rodillas.

Las piernas estaban cubiertas con unas medias de fantasía y dos grandes aros de oro colgaban de sus orejas. Los labios tenían un rojo intenso y los ojos estaban pintados con tonalidades azul verdosas mientras los perfiles negros quedaban muy destacados. Sus espléndidos y grandes ojos verdes quedaban así más realzados.

—Unos videoclips muy interesantes —opinó Tade— Y la verdad es que excitan.

—Sí, algunos lo niegan, pero verlos excita, salvo que hayas pasado la cinta muchas veces.

—¿Y tú la has visto muchas veces?

—No —confesó Dafne sentándose en el sofá —Estaba segura de que me interesaría más verla en ocasiones muy puntuales.

—Eso está bien, me gusta que te hayas reservado.

La joven bromeó:

—Estás demasiado seguro de que me haya reservado para ti.

Dafne no ofreció resistencia para que las manos del hombre

abrieran la camisola, para que sus dedos le acariciaran los redondos pechos y los labios calientes besaran sus pezones.

Sintió con intenso placer las manos de Tade sobre sus rodillas y las notó subir por sus muslos, deseando que no se precipitaran en su avance pero tampoco se detuvieran.

Le había costado aceptar aquel encuentro. Se había resistido en principio, pero Tade le gustaba. Había soñado ya con él, le subyugaba su personalidad. Su cuerpo, su sensibilidad femenina, se sentía atraída por Tade. Deseaba sentirse entre sus manos como una muñeca para que él jugara con ella tanto como quisiera.

El videoclip erótico llevaba hasta el paroxismo una falacia al joven que tenía atrapado por su boca. Las imágenes se desdibujaban y aparecía un volcán derramando lava a impulsos de fuertes sacudidas.

Las imágenes, sin argumento alguno, cambiaban sin interrupción. Los gemidos y rugidos se mezclaban con la música. Ráfagas de rojo, verde, azul, estallidos de violenta luminosidad, una figura femenina dibujada a contraluz...

Bruscamente, se encendió la luz de la salita y Dafne parpadeó cegada.

Tade volvió la cabeza. En el centro de la salita había una mujer en camisón y su rostro reflejaba dolor y cansancio.

—¡Mary! —exclamó Dafne componiendo sus ropas como pudo. Bastó la ancha y larga camisola para cubrirse mientras Tade no sabía qué hacer, pegado al sofá, protegiéndose con el respaldo.

—Perdona, creí que estaba sola —dijo Mary como atontada, disculpándose.

—Pero, Mary, ¿no te habías ido?

—¿Yo? Si acabo de levantarme, me siento muy mal, tengo mareos.

—Pues yo juraría que te he visto salir de casa.

—Yo, no. ¿Y quién es él?—

—Un amigo. Anda, vuélvete a la cama. Llamaré a tu compañera Sally para que venga. Si te sientes mareada, será bueno que vuelvan a verte j —le dijo Dafne llevándosela de nuevo al dormitorio para alejarla de Tade que se sentía en apuros.

Ella misma sólo llevaba encima de su cuerpo la camisola anaranjada mientras la pantalla gigante de televisión seguía

proyectando los videos eróticos.

Tade comprendió que la cita se había terminado, que la aparición de Mary había roto el encanto.

Cuando menos por aquella noche, Dafne no volvería a ser participativa en los gozosos juegos de amor, por ello comenzó a vestirse. Sabía que luego tendría un profundo y hondo dolor en los genitales, pero habría tiempo para resarcirse, él y Dafne conectaban y acabaría aparejándose con ella.

—No lo entiendo, Tade, juraría que la que ha salido del edificio era Mary. Sin embargo, ella está ahí en su cama, no ha salido.

—Desde luego —aceptó él, atándose los cordones de los zapatos.

—Qué raro, es como si Mary tuviera una doble o un fantasma, no sé. Tendrás que irte, Tade, yo tampoco estoy ahora muy bien.

Lo entiendo. No estoy irritado, sé aceptar las situaciones cuando vienen mal y, por supuesto, cuando vienen bien. La próxima vez será algo estupendo, pero el lugar lo elegiré yo para que no haya sorpresas ni coitos interruptus. ¿De acuerdo?

—Sí, Tade.

Le besó en los labios, fue un beso más frío, de despedida, y así lo entendió el hombre que no cometió la estupidez de querer reanudar lo que se había cortado. Habría tiempo para resarcirse, estaba seguro, lo que no debía era comportarse con torpeza.

—Gracias por comprenderme, Tade. Ahora llamaré a la enfermera amiga de Mary.

Tade la dejó muy preocupada. No acababa de digerir que se hubiera equivocado al reconocer a Mary saliendo del edificio. Aquella situación la había trastornado, quizás porque había interrumpido su juego de amor. ¿Podía interpretarse aquello como un corte de digestión?

CAPÍTULO VIII

El timbre de la puerta fue pulsado con insistencia. Dafne se levantó de la cama a regañadientes. Se puso la bata y se dirigió a la puerta. El sol entraba por el amplio ventanal de la salita. Era un sol frio, apenas sin fuerza, un sol invernal que, sin embargo, se agradecía.

—¿Es que no hay nadie para abrir la puerta? I —preguntó en voz alta.

Abrió la puerta y reconoció a la mujer que tenía delante.

—Hola, Sally.

—¿Cómo está Mary?

—Ayer la dejé mareada en la cama, por eso llamé a la clínica. No habéis venido muy aprisa precisamente.

—He entrado en el turno de mañana y me han pasado el aviso. Veré si me la puedo llevar al hospital para que le hagan una nueva revisión. ¿Dices que está mareada?

—Sí. Me sorprendió mucho, porque hubiera jurado que la había visto salir del edificio un rato antes de que apareciera en la salita, cuando yo creí que no estaba.

Sally la miró preocupada, frunciendo el ceño.

—¿Dices que la viste antes en la calle?

—Sí, eso me pareció, es más, lo hubiera jurado.

—¿Y no sería alguien que se... que se pareciera a ella? —preguntó Sally, como dudando en cada palabra que empleaba.

—Iba con la gabardina roja de Mary. —Frunció el ceño también— La gabardina roja...

Fue a la alcoba de Mary donde la joven estaba durmiendo. Abrió el armario y buscó con prisas, con cierto temor.

—No está.

—¿El qué, la gabardina roja?

—Si.

—Un momento, sois tres ¿verdad?

—Sí.

—¿No se la habrá llevado la otra chica?
—No, Rose se fue a trabajar al teatro.
—¿Teatro?
—Sí, es actriz, está en el Queen Palace.
—¿Queen Palace? —repitió.
—Sí, ¿por qué?
—Bueno, no he oído toda la noticia, pero en la radio del taxi he oído algo desagradable.
—¿Desagradable?
—Sí, una joven actriz de Queen Palace ha sido encontrada asesinada.
—Rose no puede ser... —musitó Dafne.
—No he oído el nombre, pero si es ella, mejor que Rose no lo sepa ahora. Luego me ayudarás a despertarla y a vestirla, me la llevaré conmigo.
—Dios, Dios, no puede ser, me volveré loca —exclamó Dafne. Sentía que iba a estallar, la cabeza cada vez le dolía más. Sally, que se dio cuenta, le pidió:
—Siéntate, te prepararé café y con una aspirina te sentirás mejor. No se te ocurra tomar otra cosa.
—No soy una drogadicta.
—Ni yo creo que lo seas, pero te he dado una noticia muy desagradable y me siento culpable. La verdad es que al oír la noticia no he imaginado que pudiera ser vuestra compañera.
—¿Y cómo, cómo ha sido asesinada?
—No sé, creo que acuchillada, han hablado de mucha sangre. La verdad es que he oído la noticia al vuelo.
—Me gustaría ir al teatro para verla, pero me da miedo.
—Te comprendo, y posiblemente ya no esté en el teatro sino en la Morgue, habrán de hacerle la autopsia.
—Todo eso es horrible.
Sally supo arreglárselas en aquella minicocina que no era la suya. Encontró cuanto necesitaba y el apartamento pronto olió a café.
Mientras servía a Dafne, preguntó:
—¿Estás segura de que la chica que confundiste con Mary llevaba una gabardina roja?
—Sí, segura, y la gabardina ha desaparecido.

—Es muy raro. ¿Alguien más, aparte de vosotras, tiene las llaves de este apartamento?

—No, nadie. Las tres estábamos de acuerdo en no dejar la llave a nadie, salvo a la asistenta que viene a limpiar.

Sally se veía muy preocupada. Dafne lo notó, pero prefirió no hacer mención de ello. Se limitó a observarla con disimulo.

—¿Puedo llamar por teléfono? —preguntó Sally.

—Sí, claro, no faltaría más. El teléfono es de las tres.

Para darle la impresión de que estaba sola y que podía hablar con toda naturalidad. Dafne se alejó hacia su habitación, pero ya dentro de ella se detuvo cerca de la puerta.

Pudo oír como la enfermera Sally marcaba un número y luego esperaba.

—¿Doctor Norton? Soy Sally.

Parecía haber encontrado al hombre que buscaba y comenzó a explicarse bajando la voz y en tono preocupado.

—Mary no se encuentra bien y la otra ha estado aquí, sí, estoy segura, la han confundido, como se parecen tanto… Lleva una gabardina roja. ¿Qué hago?

Dafne lamentó no poder oír las instrucciones del médico. Las tres amigas habían decidido no instalar supletorios por las habitaciones para no caer en la tentación de escucharse unas a otras.

—Doctor Norton… —bajó aún más la voz temiendo ser oída— Lea las noticias. La actriz asesinada en el teatro Queen Palace era compañera de apartamento de Mary. ¿No sería mejor llamar a la policía?

Dafne siguió sin enterarse de la respuesta del médico. Sally colgó tras oír las palabras de su jefe y se dispuso a llevarse a Mary aunque estuviera mareada. Tenían que hacerle un chequeo.

Dafne cerró la puerta, ya no iba a oír nada más, pero cuanto había escuchado la había intrigado hasta el punto de que se sentía llena de preocupación. ¿Quién era la chica de la gabardina de rojo?

Se acercó a la cama, encendió la luz de la mesita y al fijarse en el centro de la cama, sus ojos se abrieron desmesuradamente. No podía creer lo que estaba viendo.

Allí estaba el payasito del antifaz, aquel muñeco que le había pedido a Rose que arrojara al basurero.

El muñeco semejaba mirarla con hiriente socarronería, pero lo más grave era que sostenía unas tijeras manchadas de sangre…

—Dios mío, no es posible.

Miró en derredor como si temiera ser descubierta en aquella situación. Buscó una bolsa deportiva de plástico que tenía en el armario y metió el muñeco y las tijeras dentro. Más, la colcha había quedado manchada de sangre y tenía que limpiarla.

—No es posible, no es posible. ¿Quién podría creer lo que sospecho? Dios mío… ¿Cómo puede haber vuelto aquí y manchado de sangre?

Escuchó ruidos y luego el golpe de la puerta al cerrarse. La enfermera Sally se había llevado a Mary al hospital.

CAPÍTULO IX

El neurólogo clínico escribió sobre un impreso su diagnóstico seguido de impresiones profesionales e indicaciones a seguir mientras Mary permanecía sentada al otro lado de la mesa.

—Puedes estar tranquila. No tienes nada que no se cure con unos días de reposo, pero podía haber sido algo más serio. Si los golpes, que han sido muy precisos, hubieran sido un poco más fuertes, podían haberte matado.

—Es muy peligroso que un psicópata sepa Karate.

—Sí. Normalmente, un enfermo mental en sus momentos de explosión no coordina lo suficiente.

Sin entusiasmo alguno, Mary aceptó:

—He tenido suerte.

—Seguirás un tratamiento de recuperación. Le pediré al doctor Norton que te dé quince días de vacaciones y luego, piensa si te conviene buscar otro trabajo.

—Soy enfermera especialista en psiquiatría y quiero seguir en lo mismo. Ahora todavía estoy algo atontada, pero no voy a cambiar.

—Magnifico, eres una chica valiente, lo que sí es seguro es que ya estarás más preparada para el futuro, no te dejarás sorprender por la astucia de una demente.

—Sí —asintió Mary— Sobre todo veré de no encontrarme a solas con una psicópata que encima sepa artes marciales.

—Tu cerebro está perfecto, lo dice el "scanner" y el electroencefalograma, te recuperarás con rapidez. Sigue el tratamiento, sentirás menos dolores y dormirás bien. Ah, y no mezcles otra clase de drogas con este tratamiento.

—¿Drogas?

—Sí, ya sabes a qué me refiero. Como enfermera tienes acceso a sedantes, analgésicos, ansiolíticos y otros fármacos. No estoy hablando de que puedas tomar drogas duras compradas en la calle, lo que siempre es peligrosísimo, no te creo tan estúpida, me refería a esos fármacos al que de una forma u otra tenéis acceso las

enfermeras.

Mary salió del hospital y se dirigió a la clínica psiquiátrica donde la recibió el doctor Norton que tomó el sobre que le entregaba su colega.

—Por suerte no ha sido nada grave.

—Sí, ya veo, unos días de reposo y asimilar el susto.

—Más que susto, disgusto por no haber sabido calibrar bien a la paciente.

—Un demente siempre puede sorprender al médico o a la enfermera que le atiende. Hay psicópatas que son muy astutos, especialmente si padecen esquizofrenia. Su doble personalidad no les hace ser transparentes en cuanto a sus actos o intenciones. No te lo reproches, Mary.

—¿Dónde está ahora Hanelore?

—Pues, no lo sabemos.

—¿Su familia tampoco?

—No, pero seguro que terminaremos localizándola. Sin embargo, hay algo que me preocupa mucho.

—¿Puedo saber qué es, doctor?

—Siéntate en la butaca —le pidió el doctor Norton mientras él, a su vez, se levantaba de la suya y caminaba por el amplio despacho iluminado por luces indirectas— Hanelore escapó de la clínica después de golpearte y para salir a la calle se hizo pasar por ti, se llevó tu gabardina roja.

—¿Mi gabardina roja acolchada?

—Sí. De todos modos, compruébalo en tu vestidor.

—Sí, lo comprobaré, pero ¿es cierto que se hizo pasar por mí?

—Sí, por eso pasó sin problemas ante el vigilante de la salida. Recuerda que Hanelore se parece a ti sorprendentemente, es una de esas raras casualidades de la vida. Si se os analiza morfológicamente, por supuesto que sois distintas, pero os parecéis mucho y por poco que ella quiera hacerse pasar por tí, lo va a conseguir.

—¿Contra qué me está previniendo, doctor? ¿Cree que puede seguir haciéndose pasar por mí para que no la encuentren?

—Nunca se sabe lo que bulle en una mente enferma, especialmente en una esquizofrénica. Debes estar alerta y comprobar si te quitó las llaves del apartamento.

—Tenía dos juegos, es posible que haya desaparecido uno.

—Pues será mejor que cambiéis la cerradura lo antes posible. Hay una noticia que me temo no conoces todavía.

—¿Mala?

El doctor Norton siguió midiendo con sus pasos el amplio despacho, como si meditara mientras asentía con la cabeza.

—Desgraciadamente, una compañera tuya ha muerto.

—¿De mi apartamento?

—Sí, y su muerte ha sido muy violenta.

—Dios mío... ¿Quién es, Dafne, Rose?

—Rose Houston, la actriz. Me he puesto en contacto con la policía y me lo han confirmado. Rose ha muerto apuñalada repetidamente por un sádico dentro del propio teatro, cuando ya había acabado la función. En fin, alguien con un objeto inciso cortante ha puesto fin a su vida.

—Y usted teme que la asesina sea Hanelore, ¿verdad, doctor?

—Yo no puedo acusar a nadie, eso es asunto de la policía, sólo te pido que tengas cuidado. Si hubiera sido Hanelore, me sentiría responsable porque esa mujer ha escapado de mí clínica cuando su familia me la había confiado.

—Ha huido con violencia —replicó Mary.

—Sí. —Suspiró— En fin, lo sucedido ya no tiene remedio. Haré lo imposible para que Hanelore regrese a la clínica, pero hay que impedir que ocurran más desgracias. Tú tomarás precauciones, pero sin alarmar a nadie. Aclarar el asesinato de Rose es misión de la policía. De todos modos, hasta que no encuentren a Hanelore, tú harás algo especial además de cambiar la cerradura de tu apartamento: Llevarás algo que te identifique.

—¿Cómo qué?

—No sé, puede ser un pañuelo al cuello con determinado color, un lazo, unos zapatos concretos o unos pendientes grandes que no se pueden confundir con otros.

Comprendo, doctor, algo que no destaque pero que evite que se me confunda con Hanelore.

—Sí, pero lo que te pongas deberás llevarlo siempre de día o de noche hasta que encontremos a Hanelore.

—Comprendo. Regresaré a mí apartamento y cuando haya decidido lo que me voy a poner, se lo haré saber por teléfono.

—Espero que me lo comuniques antes de una hora. Lo sucedido a tu amiga Rose me preocupa mucho.

—Y a mí, doctor, era mi amiga, y es muy duro aceptar su muerte y de forma tan horrible.

—Sí, ha sido horrible, un asesinato sangriento.

—¿Y Dafne?

—No sé, no la conozco, supongo que ya habrá hablado con la policía.

Cuando Mary se dirigió a la puerta, el doctor Norton se le acercó para decirle casi paternalmente:

—No te hagas culpable de lo sucedido. Toma precauciones, pero, de todos modos, no creo que Hanelore quiera hacerte ningún daño.

—¿Seguro?

—De haber querido matarte, ya podría haberlo hecho.

Ante aquellas palabras del doctor Norton, Mary quedó más desconcertada. Buscó en su taquilla de vestuario y en su mesa escritorio y, efectivamente, le faltaba un juego de llaves en el que se incluían las llaves de su coche.

No dijo nada al doctor Norton. Abandonó la clínica y en el parking buscó su pequeño turismo de color azul oscuro. No lo encontró.

Tomó un taxi y fue a su apartamento. Buscó también en el parking del edificio y tampoco encontró su coche. No cabía duda de que Hanelore, haciéndose pasar por ella, se lo había llevado.

"Tengo que decírselo al doctor Norton cuando le llame", se dijo.

Cuando entró en el apartamento encontró a Dafne visionando un filme tranquilizante.

Se veían paisajes abiertos, arbolados, correteaban unos ciervos y Dafne comía pop-corns.

—Hola —saludó, sorprendiéndola.

Dafne volvió la cabeza y se la quedó mirando con mucha fijeza.

Mary observó que su amiga tenía los ojos enrojecidos, sin duda había llorado.

—¿Cómo te encuentras, Mary? —le preguntó, después de una pausa que la propia Mary juzgó desmesuradamente larga.

—Mejor, parece que lo que me ocurre no es grave, sólo unos golpes que se curarán. No estoy acostumbrada a recibir golpes y los asimilo mal. —Dejó su bolso sobre un mueble y se dejó caer en el

sofá, cansada—. ¿Has visto a Rose? —inquirió.

Dafne de nuevo tardó en responder pero al fin asintió, primero' con la cabeza y luego con la voz tras engullir las palomitas de maíz.

—Sí, esta noche la incineran. ¿Irás?

—No lo sé, no lo sé.

—Estará la familia, amigos de la compañía de teatro. Yo no quería ir, pero creo que estoy obligada.

Si estás tú, yo también iré, sola no creo que me atreviera. Además, todavía me siento mal.

Dafne se levantó de la butaca, fue hasta el sofá y se sentó junto a Mary.

—Déjame ver los morados a ver cómo te van.

Mary se levantó en parte el jersey. Se quitó el corchete de la falda y bajó la cremallera, liberándose en parte de la ropa. Le mostró el costado a Dafne que observó los morados, muy visibles sobre la piel blanca.

—Hum, todavía tienes para un tiempo antes de que todo esto desaparezca.

—¿Tranquila ya? —le preguntó Mary mientras en la gran pantalla seguían apareciendo imágenes bucólicas.

—¿A qué te refieres?

—Que tú ya debes saber que la chica que me golpeó se parece a mí y querías comprobar que era yo y no la otra mirando mis cardenales.

—Bueno, no creo que puedas ofenderte. Estoy asustada.

—¿Por lo de Rose?

—Si la hubieras visto... —Las lágrimas afloraron de nuevo a sus ojos. Se secó con el dorso de los dedos y explicó—: Ha venido la policía a ver la habitación de Rose, han estado registrando y me han hecho preguntas sobre las amistades que frecuentábamos.

—Siendo Rose una actriz de teatro...

—Sí, tenía más posibilidades de sufrir un percance al ir sola de noche, de madrugada por las calles, pero la policía considera que ella fue sorprendida por alguien que conocía; por lo visto no se ha defendido.

Mary vació todo el aire de sus pulmones y dijo después:

—Si aparece por aquí, sabré cómo tratarla.

—Hablas como si conocieras al asesino.

—Tú y yo pensamos que es la misma persona, Dafne, lo malo es que en algún momento puedes confundirnos; en cambio, yo no la voy a confundir. Ahora he de comprobar si mi segundo juego de llaves del apartamento ha desaparecido y si es así, cambiaremos la cerradura enseguida. Al escapar de la clínica, ella se llevó mis llaves.

—Ahora comprendo —musitó Dafne.

—¿El qué?

—La vi salir de aquí con tu gabardina roja, la confundí contigo, ya debía tener tus llaves.

—¿Estuvo aquí, dices?

—Sí, mientras tú dormías. Pudo llevarse más cosas, tú estabas profundamente dormida y ella se movía por el apartamento sin que nadie se lo impidiera.

—Entonces, no cabe duda. Ya estás llamando al cerrajero y ahora mismo voy a tomar una precaución que me ha recomendado el doctor Norton.

Fue al cuarto de baño y cuando reapareció, preguntó a Dafne:

—¿No me ves diferente?

—Te has recortado parte de una ceja...

—A distancia no se nota, pero si miras de cerca ves los pelitos recortados con las tijeras, ¿verdad?

—Sí, claro.

Pues, cuando me veas con la ceja de esta manera sabrás que soy yo y no la loca.

—Me da miedo todo esto, Mary.

—Se me escapó a mí y la atraparé aunque haya de tenderle una trampa.

—¿Una trampa?

—Bueno, todavía no sé. Ahora tengo que llamar al doctor Norton para advertirle de lo que me he hecho en la ceja, así él tampoco se confundirá. Esa loca me ha robado también el coche y ha asumido mi personalidad para hacer de las suyas.

—Pero, ¿por qué matar a Rose?

—¿Quién sabe lo que bulle en la mente de una loca?

Cuando Dafne regresaba a su dormitorio, pudo oír los extraños gemidos infantiles que tanto la desconcertaban. Aquel llanto parecía brotar del interior del armario.

Despacio, como temerosa, se fue acercando al armario. No cabía duda, los gemidos eran de un niño, pero se oían lejanos, de mucho más allá del armario, como si el mueble sólo fuera la puerta de una sima oculta del fondo de la cual partieran los obsesionantes lamentos infantiles.

Dio un paso atrás, no tuvo valor para abrir la puerta. Sabía que allí, oculto dentro de un saco, estaba el muñeco.

Maldijo el momento en que entrara en los grandes almacenes del centro de la ciudad, o quizás el momento en que se había cortado la luz y quedaron a oscuras, el momento en que el muñeco había aparecido en sus manos, como buscando refugio entre sus duros y bien formados pechos.

CAPÍTULO X

A los funerales de Rose acudió tanta gente que la capilla quedó totalmente llena. Actores, actrices, hombres y mujeres del mundo del teatro, periodistas, gente de la radio e incluso una cámara de televisión con su cegador foco encañonó el féretro dentro del cual yacía Rose.

Había amistad y compañerismo en aquella masiva concurrencia, pero también mucho de morbo.

Rose no era una actriz que hubiera hecho una larga carrera y al final hubiera muerto de vejez aunque el certificado dijera "neumonía con fallo cardiorrespiratorio". Rose había muerto joven y asesinada brutalmente. La sangre había salpicado su entorno, llegando incluso a salpicar las pantallas de televisión y las páginas de los periódicos.

Aunque fuera de forma efímera, había adquirido popularidad, una popularidad que en vida sólo había soñado y que en la muerte la acompañaría hasta el horno crematorio donde su cuerpo joven quedaría inmerso en el fuego hasta consumirse, hasta reducir sus huesos a cenizas.

Los defensores de la seguridad ciudadana montaron guardia con sus pancartas de protesta a las puertas de la capilla funeraria. Esperaban salir por televisión, que su protesta quedara multiplicada millones de veces en los televisores de toda la nación.

Dafne estaba presente en la capilla, en la última butaca de una última fila.

Rose había sido vestida de blanco, la habían rodeado de flores y le habían puesto sobre el pecho tantas flores rojas como cuchilladas recibiera, aunque Dafne ya sabía que el arma asesina no era un cuchillo, sino unas tijeras.

Cuando dio el último adiós a Rose, desfilando en torno al ataúd lo mismo que el resto de asistentes al funeral, Dafne sintió una gran angustia. Le dolía profundamente aquella muerte. Compartir un apartamento aumentaba la confraternización. Rose, lo mismo que

Mary, era como una hermana.

—Siento mucho lo ocurrido.

Se volvió. A su lado, ligeramente retrasado, estaba Tade, cuya voz reconoció de inmediato y le fue grato oír. Aquella voz la tranquilizó, le dio fuerza. Se sintió arropada por su masculinidad.

Tade era joven, alto, fuerte, de espesos cabellos muy brillantes, algo descuidado en su forma de vestir y rostro franco. Cualquier mujer habría de sentirse protegida junto a él.

—He leído en los periódicos que muere demasiada gente asesinada. Luego están los accidentes de tráfico y los laborales, suman miles y miles de víctimas cada año. Pienso que cualquier día podemos representar el mismo papel que le ha tocado representar a Rose esta tarde —comentó Dafne pensativa.

Llovía suavemente. A Dafne le pareció que todo el Invierno llovía. El frío no era intenso pero llovía cada día y había sensación de humedad en todas partes, y le parecía que así era todo el tiempo, un tiempo que no semejaba tener fin, como si la primavera fuera cosa de otra galaxia o un premio que los habitantes de aquella ciudad no iban a recibir. El verano era cosa de otros países, de tierras exóticas y lejanas.

Se estremeció dentro del abrigo y Tade, que había pasado el brazo por su espalda, notó el estremecimiento y la apretó más contra sí para protegerla y darle calor, para alejar la humedad y el frío de ella.

—Ahí está mi coche —señaló, y ambos apresuraron el paso.

Unos vehículos pasaron por delante de ellos levantando una cortina de agua.

Dentro del pequeño coche se sintieron protegidos. En la calle era una burbuja de acero y cristal que les daba cobijo.

Dafne se inclinó hacia Tade y comenzó a sollozar. El la estrechó contra sí y no le pidió que dejara de llorar ni trató de consolarla con palabras.

Alargó su mano izquierda hacia el radiocassette, puso una cinta que le pareció adecuada y comenzó a oírse la grabación, una música suave y agradable.

—Discúlpame —pidió Dafne después de un largo silencio.

—¿Disculpar? Vamos, vamos, es bueno llorar, desahoga.

—No puedo asimilar que Rose esté muerta, que en estos

momentos su cuerpo se esté convirtiendo en cenizas. Tan llena de vida como estaba, con sus esperanzas de llegar a ser primera actriz. Nos lo repetía una y otra vez y estábamos seguras de que lo conseguiría.

—De la vida sólo conocemos el tiempo del camino, nunca el momento final.

—Creo que nos preparamos muy mal para la muerte. La ignoramos hasta que nos atropella con su horrible faz.

Mientras la cassette seguía ofreciéndoles la suave música grabada en el polvo férrico plastificado, comenzó a hacerse notar el ruido de las escobillas limpiaparabrisas. El agua de la lluvia era barrida hacia los lados del ancho cristal curvado mientras los faros iluminaban a los vehículos allí estacionados.

Comenzaron a rodar. Dafne no preguntó adónde la llevaba él, no le pidió ir a ninguna parte. Era temprano; sin embargo, las sombras de la noche habían llegado. La noche iba a ser larga, pero para Dafne el tiempo ya carecía de valor. No le importaba que la noche fuera eterna si estaba junto a Tade dentro del vehículo, circulando por calles y calles brillantes de lluvia.

—Hunter está hundido.

—¿Hunter? —repitió Dafne como si la voz de Tade le llegara desde el otro lado de los cristales del coche.

—Sí. Había empezado a intimar con Rose, se gustaban, como imagino que nos gustamos nosotros.

Bajo los faros de los autos que circulaban en dirección contraria, esparciéndose al atravesar las gotas de lluvia, Dafne comentó:

—Le comprendo. Tampoco él podía imaginar que Rose moriría tan joven. —Suspiró— En la muerte de Rose hay algo maligno, algo malvado.

Tade, que conducía seguro, sin dejarse llevar por las emociones, opinó:

—Cuando un asesinato es tan brutal, cuando el asesino da tantas puñaladas a su víctima, es por supuesto un crimen malvado, aunque yo pienso que todos los crímenes son malvados.

—Puede ser —admitió Dafne—, pero cuando se insiste en acuchillar a la víctima es, es —dudó al hablar—, como si el asesino quisiera matar varias veces, como si se complaciera en su crimen.

—Será mejor que lo olvides. Sé que pido mucho, acabamos de

salir del funeral de Rose, pero dar vueltas sobre este asunto no es bueno. Dejemos que la policía haga su trabajo, nosotros nada podemos. Si sigues pensando en lo sucedido sólo harás que torturarte.

Dafne tenía deseos de contarle a Tade lo que le ocurría con el extraño muñeco, necesitaba confiarse a alguien que no se burlara de ella, pero se contuvo.

—¿Te sientes mal? —preguntó él al observar su largo silencio.

—No, pensaba.

Tade introdujo el vehículo en un bosque tomando un camino estrecho, las ramas bajas de los árboles rozaron la carrocería.

Se detuvo, apagando las luces, pero no quitó la cassette que les acompañaba musicalmente de forma grata y suave.

—Mi abuelo nos dejó una casita de campo, casi una cabaña, pero está lejos, demasiado lejos. Otro día te llevaré.

—Me gustará conocer esa casita —dijo ella.

Pasó el brazo por detrás de la cabeza femenina y la atrajo hacia sí. Posó sus labios en la boca de ella y la besó con suavidad, como jugando, ahora si, ahora no. La lengua de ella no tardó en corresponder al juego.

Dafne sintió en sus piernas la mano de Tade, unos dedos que le oprimían el muslo sin hacerle daño, causándole placer, unos dedos hábiles que se abrían camino por el interior de la falda.

—Aquí no nos estorbará nadie —runruneó Tade en su oído.

—Canalla, por eso me has traído aquí.

Tade le soltó el portaligas. Notó el calor de los muslos femeninos, acarició las bragas y notó la forma de lo deseado, de lo que ella podía ofrecerle y que no parecía dispuesta a negarle.

El deseo formaba ya parte del cuerpo de Dafne que no oponía freno al avance del hombre, a sus caricias, a sus juegos de amor.

_£n el asiento posterior estaremos más cómodos, o quizás afuera, con una manta.

Faltándole aire en los pulmones, con la mente turbia por el deseo que ansiaba consumar, la joven respondió:

—Como tú quieras.

Tade abrió la portezuela y salió del coche. Ella, con algo de desgana, hizo lo mismo. Hubiera preferido no moverse, pero el amor también requería un espacio.

Notó el frío y la humedad del bosque, la noche que allí se cerraba más porque el boscaje engullía la escasa luz de la luna que traspasaba las nubes.

—¡Dafne, Dafne! —llamó Tade ya con la portezuela de la parte posterior abierta.

Dafne había quedado como obsesionada, mirando hacia alguna parte del bosque.

—Tade, ¿lo oyes?

—¿El qué? —preguntó él.

—El muñeco, el muñeco. ¿No lo oyes?

—¿El muñeco, qué muñeco?

—Está llorando, está llorando, se siente solo, pero es perverso.

—Dafne, ¿qué te ocurre? —inquirió el hombre preocupado, saliendo del coche y colocándose junto a ella— No oigo nada.

—El muñeco solloza, siempre solloza. Tienes que oírlo.

—Pues no oigo nada. Anda, entra en el coche.

—¡No, no, déjame, déjame!

Tade la agarró por los brazos ante la evidente intención de la muchacha de internarse en el bosque buscando unos gemidos infantiles que él no oía.

—¡Es el muñeco, el malvado muñeco!

Comenzó a llover de nuevo y Tade le hizo observar tal situación con tal de dominar a la joven.

—Está lloviendo, vamos al coche, te mojarás, vamos.

La metió en el coche. Arrancó, hizo marcha atrás y regresaron a la carretera mientras él gruñía:

—En el último momento siempre pasa algo, maldita sea.

—Dios mío, Tade, estaba ahí, lo he oído...

—Cálmate, estás muy afectada por lo de Rose, te llevaré a casa. Tranquilízate.

CAPÍTULO XI

Cuando Hunter llegó al apartamento de las tres chicas, el cerrajero estaba terminando su trabajo.

Con las manos en los bolsillos, Hunter preguntó:

—¿Están dentro?

—Sí, hay una, Mary —respondió el hombre, más preocupado por su trabajo que por la presencia del joven que pasó junto a él, internándose en el piso.

La joven apareció ante él. Le miró frunciendo el ceño.

—Hola, Mary —saludó él— Te vi en la cama, tú no me conoces bien, yo era muy amigo de Rose, bueno, no de mucho tiempo, pero en el teatro habíamos intimado mucho.

—Sí, creo que comentó algo —aceptó Mary, indecisa.

—¿Dónde están Tade y Dafne?

—¿Tade y Dafne? Pues, no lo sé.

—¿Te importa que los espere dentro mirando el video? Es que estoy colgado.

—Sí, claro, pasa, ya debes conocer el apartamento.

—Sí. Tenía que quedar con Tade al salir del funeral, pero no lo he visto. Ya es muy tarde, pero he supuesto que aquí no dormiríais.

El cerrajero dijo:

—Esto ya está listo.

—¿Funciona bien? —preguntó Mary.

—Tenga las llaves. Ya les pasaré la factura. Pruebe la cerradura y verá que va muy bien. No se podrán quejar, es muy buena, ya lo notarán en el precio —se rio levemente— Después de todo, me pidieron una buena cerradura. ¿No es eso?

—Sí —aceptó Mary, que probó la cerradura con una de las llaves.

El cerrajero se despidió. Mary observó las llaves y se guardó una de ellas, pensó que era una suerte que hubiera tres.

Se dirigió a la habitación de Dafne. Ya dentro, miró en torno suyo con interés. Se acercó a la mesita de noche y dejó una de las

llaves de la nueva cerradura.

Abrió el armario y examinó los vestidos allí colgados. Le atrajo una bolsa de plástico marrón oscura. La tomó en su mano y examinó su interior, descubriendo el muñeco manchado de sangre y las tijeras.

Con aquella bolsa, el muñeco y las tijeras, estuvo dudando mientras de la salita le llegaba la música de un videoclip.

Al volverse, descubrió al joven y no mal parecido Hunter en el umbral de la puerta.

—Tade está con Rose —dijo él.

—Sí, ya me lo has dicho antes.

—Mary, me siento muy mal.

—¿Sí? —inquirió ella sin saber qué decir.

—Soy un blando, maldita sea, un blando. No me gusta esto de la muerte. Rose era mi chica, desde hace poco, pero ya era mi chica y ahora está reducida a cenizas. ¿Tú lo comprendes?

—Bebe un trago y olvídalo —le sugirió.

—Eso es muy fácil de pedir. Me siento mal. Tú eres una chica bonita y enfermera. ¿Por qué no eres comprensiva conmigo?

—¿Me estás pidiendo que nos acostemos? —le preguntó directamente.

—¿Para qué perder el tiempo con otras palabras? —rezongó él acercándosele.

—¿No decías que amabas a Rose?

—Rose y cenizas es lo mismo, no debo pensar en ella. Tú puedes conseguir que la olvide.

—¿Y por qué he de suplir a Rose? Tengo derecho a que me amen por mí misma.

—Naturalmente, y ahora yo seré tu chico. Tade y Dafne, tú y yo. ¿Qué te parece?

—¿Y si tú no me gustas?

—Dentro de un rato dirás que sí te gusto. Sólo me hace falta un poco de ánimo y eso me lo puedes dar tú.

—Eres un sucio.

—Y tú una estrecha.

—Un perro o un cerdo desearían lo mismo que tú.

—Rose me contó que no tenías chico fijo. ¿Por qué te molestas?

Ella soltó la bolsa de plástico y el muñeco cayó a sus pies. Con

gran sorpresa por parte de Hunter, comenzó a abrirse las ropas hasta mostrar desnudos sus pechos y vientre.

—¿Esto es lo que quieres? —inquirió, mirándole fijamente.

—¡Qué buena estás, mejor que Rose! —exclamó con ojos brillantes.

Se acercó despacio hasta Mary, se arrodilló y la besó en los pechos desnudos y calientes.

Mientras Hunter besaba y lamia con fruición, ella mantenía el rostro alzado, altanera. Se dejaba hacer, era como una diosa ofendida.

CAPÍTULO XII

—Gracias por acompañarme —le dijo Mary a su compañera Sally.

—Ya estás bastante bien, pero tómate esas vacaciones que te dan.

—Sí, me encuentro algo mejor, pero me preocupan tantas cosas.

—No te calientes la cabeza —le pidió Sally.

—Si no me encontrara tan mal, volaría a Canarias, dicen que allá se está bien.

—Seguro que sí.

Mary la besó en ambas mejillas y luego tomó el ascensor, subiendo al piso en que se hallaba su apartamento. Abrió el bolso y sacó la llave que trató de introducir en la cerradura sin lograrlo.

Se encontraba bastante mejor; no obstante, un torbellino de fantasmas confundían su mente.

Le habían dicho en no pocas ocasiones que quienes trataban con locos, terminaban locos también. Se hacían demasiados chistes sobre psiquiatras y ¿por qué no de los sanitarios de los manicomios? Mary siempre había rechazado semejantes murmuraciones, pero quedaba algo en el poso de la taza de las preocupaciones que a lo largo de nuestra vida todos llenamos de tinieblas, acosos y miedos.

Mary frunció el ceño y volvió a intentarlo. Se acordó entonces de que habían decidido cambiar la cerradura.

—Qué pronto —se dijo.

Como no podía entrar con su llave, pues aún no tenía la nueva, pulsó el llamador. Al no obtener respuesta rápida, insistió llamando con la esperanza de que Dafne estuviera en su alcoba durmiendo y despertara.

Insistió repetidamente con el llamador musical temiendo despertar a la vecindad. Iba ya a desistir cuando pudo oír ruidos tras la puerta y volvió a pulsar el llamador.

—Dafne, Dafne, ¿estás ahí?

Abrieron la puerta desde el interior y Mary respiró tranquila, aquella noche podría dormir en su cama.

Mas, para su sorpresa, medio encorvado, con el rostro desencajado, goteándole sangre por las comisuras de los labios y totalmente desnudo, apareció ante ella un hombre que no conocía. Se llevó las manos a la boca y ahogó un grito.

El hombre se la quedó mirando con ojos de psicópata y balbuceó:

—¡Mary!

Extendió sus brazos y se abalanzó hacia ella como queriendo cogerla con sus manos.

La joven dio un largo paso atrás y su espalda se pegó contra la pared del corredor, no había más espacio para escapar del hombre que se le echaba encima.

El desconocido no llegó a cogerla, cayó de bruces a sus pies, largo, desnudo, sobresaliendo de su espalda parte de unas tijeras ensangrentadas; pero aquella espalda y costado no sólo tenía una herida, sino un montón de incisiones.

* * *

—Deja que te acompañe —pidió Tade tratando de retenerla dentro del coche.

—No, no, déjame —pidió Dafne, visiblemente nerviosa. —Podríamos tomar algo en un “pub", te tranquilizarías.

—Prefiero ir a mí apartamento y acostarme. Gracias, Tade, y lo siento.

—No se trata de mi, Dafne, es que te veo muy nerviosa.

—Se me pasará, me tomaré un tranquilizante y se me pasará. —Le dio un beso rápido en la boca. Mientras le pedía excusas con la mirada, le pidió de palabra— Paciencia, en otra ocasión no te frustraré, pero esta noche, compréndelo, no era la mejor.

Abandonó el coche y se dirigió a la escalera.

Subió en el ascensor, trató de abrir con su llave y no lo consiguió.

—Ya, la cerradura nueva.

Ocultó la llave dentro de su mano y pulsó el llamador musical a la espera de que Mary pudiera oírla, pero al abrirse la puerta descubrió a un hombre desconocido que, por un instante, le hizo

pensar que su nerviosismo le había hecho equivocarse de piso.

—¿Es usted la señorita Dafne?

—Sí. ¿Y usted?

—Soy el inspector Duncan, pase.

Inquieta, penetró en el apartamento y el inspector cerró la puerta. No había allí nadie más en apariencia, pero de pronto salió otro hombre con una cámara de fotografiar de una de las habitaciones.

—¿Habéis terminado? —preguntó el inspector Duncan.

—Yo sí, jefe, pero Larry todavía no —respondió el fotógrafo.

—Pero, ¿qué hacen en mi habitación? Rose no dormía en ella, sino en aquella otra. — Dafne señaló una puerta que daba a la salita.

—Ya lo sabemos, señorita Dafne —asintió el inspector, un hombre con algo más de cuarenta años. Su escaso cabello le daba un aire de prematuro envejecimiento que no correspondía con su forma de moverse, ya que mantenía una elasticidad de músculos propia de quien hace un entrenamiento diario.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Siéntese, asta en su casa como es natural y si además quiere tomar algo…

Con un gesto rápido, Dafne se metió en su propia habitación para ver que estaban haciendo dentro de ella y descubrió a un hombre con un pincelito en la mano.

—¿Qué hace?

—Recojo huellas —respondió lacónico.

En vez de mirarla a ella, intercambió una mirada con el inspector Duncan que, paciente, se había colocado tras la muchacha.

—¡Dios mío! —exclamó, al ver su cama ensangrentada.

En el suelo también descubrió al muñeco también manchado en sangre. Se inclinó hacia él y lo recogió de encima de la alfombra que también se había manchado de sangre. Desde la puerta, el inspector Duncan le preguntó:

—¿Es suyo el muñeco?

Se volvió hacia el policía sin soltar el muñeco cubierto con antifaz.

—Sí… sí, es mío —dijo algo dubitativa, vacilación que el

inspector atribuyó a su lógico nerviosismo al ver su dormitorio con tanta sangre.

—Venga, venga a la salita.

La cogió por el brazo temiendo que fuera a marearse.

Como si hubiera recibido un mazazo, sin comprender lo que ocurría, Dafne se dejó llevar. Se sentó en el sofá mientras el muñeco seguía entre sus manos.

—A Rose, a Rose la han incinerado esta tarde. ¿Por qué, por qué todo esto?

—Es ya muy de madrugada. Su compañera Mary está en la clínica donde trabaja.

—¿Le ha pasado algo?

—No se siente muy bien, la impresión ha sido demasiado fuerte y como parece que había sido golpeada el otro día... —Sacó del bolsillo una fotografía y al mostrarla, se excusó—: Es una polaroid, no es muy perfecta pero vale. ¿Reconoce a este hombre?

El inspector tuvo el cuidado de mostrar la fotografía del hombre en que sólo se veía la cabeza.

—Sí, sí, es Hunter.

—¿Qué más sabe de él?

—Es decorador del teatro, salía con Rose.

—¿Salía?

—Sí, claro, Rose ha muerto y él ha quedado colgado, el pobre. Ha sentido la muerte de Rose tanto como nosotras.

—Hunter ha muerto —notificó el inspector de policía.

—¿Muerto? No, no es posible —replicó ella crispando los dedos contra el muñeco de trapo que seguía sujeto entre sus manos.

—Ha sido acuchillado con unas tijeras, si es que se puede decir acuchillado en este caso, lo han matado con saña. Le han clavado las tijeras no menos de dieciocho veces. Quien lo ha hecho estaba como enloquecida.

—¿Enloquecida?

—Sí, le ha dejado las tijeras clavadas en la espalda. La encontraremos, no es un crimen difícil de solucionar. Lo malo es que se parece demasiado a su compañera la enfermera Mary. Seguramente Hunter, la víctima, debió confundirlas. Ella estaba sola dentro del apartamento. El llegó, entabló una relación sensual con ella y después, lo mató.

—¿Relación amorosa? —Inquirió Dafne desconcertada.

—Sí, no es oficial, será el forense quien lo diga, pero las evidencias son bastante claras. El desnudo, semen... Ella es una loca, no cabe duda, y cuando él creía que debía relajarse, lo ha sorprendido, apuñalándole sañudamente.

—¿Cómo a Rose?

—Sí, y las tijeras asesinas son las mismas. No se había dicho en los medios de comunicación pero no fue con un puñal sino con unas tijeras como la asesinaron.

—Es horrible, horrible.

—Sí, esa loca que tanto se parece a la enfermera es muy peligrosa porque crea confusión y parece muy lista, pero la atraparemos antes de que cometa un nuevo crimen. Lo mismo la enfermera Mary como usted o el amigo que la ha traído en el coche deben estar muy alertas.

—¿Le han visto?

—Desde la ventana —confesó el inspector

—Deberán tener mucho cuidado porque ella puede intentar matar de nuevo, parece que esa es su obsesión. Lo que ignoramos es donde se esconde, ni siquiera lo sabe su familia, pero aparecerá, estamos convencidos de ello, y también estamos seguros de que volverá por aquí y usted no ha de cometer el error de confundirla con su amiga la enfermera.

—Mary se recortó una ceja para identificarse.

—Lo sabemos, pero quién sabe si Hanelore ya ha hecho lo mismo. Debe haberlas estado observando.

—¿Cree que quiere asesinarme a mí también?

—Ignoramos cuál es su verdadera obsesión.

—Jefe, ya están tomadas las huellas, creo que son suficientes.

—Que las pasen por el ordenador.

—De acuerdo —aceptó el perito que acto seguido abandonó el apartamento con su maletín de trabajo científico.

—De todos modos, agradeceríamos su colaboración —dijo el inspector encarado con Dafne.

—¿Pondrán un policía en la puerta?

—Si hiciéramos eso, la loca no se acercaría nunca por aquí, huiría y sería un peligro en otra parte.

—Comprendo. En realidad lo que quieren es utilizarme como

cebo.

—Mujer, no tanto.

—Sí, eso es lo que quiere y estoy dispuesta.

—Bien, pero recuerde que ha estado aquí. Retendremos a la enfermera Mary en otra parte para que tenga las mínimas posibilidades de confundirlas, porque si la loca ve a Mary por aquí no vendrá; en cambio, es posible que se atreva si sabe que la auténtica Mary está en otra parte.

—En la clínica, por ejemplo.

—Exacto. No sé de qué forma, pero como es muy lista, lo averiguará y aparecerá por aquí cuando crea que la auténtica Mary no podrá sorprenderla.

—Y si me ataca, ¿qué hago?

—Defiéndase, pero ante todo, tenga prudencia. Le dejaremos un avisador electrónico muy pequeño. En el momento en que lo pulse, alguien que no estará lejos vendrá en su ayuda.

—Entonces, ¿estaré vigilada?

—Digamos que protegida discretamente, pero eso no debe advertirlo la loca, porque si se lo huele no aparecerá y por el bien de todos nos interesa capturarla. Por otra parte, la foto de Hanelore será repartida y se la buscará por estaciones de tren, bus y aeropuertos. La encontraremos, pero creo que al final será aquí donde la atrapemos.

—¿Y después?

El inspector Duncan suspiró. Bajó sus hombros y como una sentencia, dijo:

—Al manicomio judicial.

CAPÍTULO XIII

La casita de campo, construida de piedra, era casi una cabaña. No se la podía tomar por lujosa ni de cerca ni a distancia, pero tenía un atractivo especial sobre la colina.

Tras ella, el cielo azul intenso, un cielo limpio que se deslizaba hacia la tarde.

El suelo era de un verde hermoso y nacían pequeñas flores silvestres punteando el tapiz vegetal de azul, rojo, amarillo.

Dafne ascendía por el camino y le pareció que la pendiente no era tan inclinada como el cansancio que le producía. La brisa fría y limpia le traía como un murmullo de carcajadas de mujer. Cuando arribó frente al porche de la casa, más que cansancio sintió opresión en el corazón. No era una fatiga física sino congoja que retenía en el interior de su cuerpo.

No cabía duda, oía risas y voces que procedían del interior de la casa. Aspiró el aire frío que la envolvía y subió al porche. Sólo tuvo que empujar la puerta para que ésta cediera, ni cerraduras ni cerrojos le cortaron el paso.

—¡Dafne!

En vez de responder y tras mirar a Tade que se hallaba en el centro de la sala que tenía unos grandes ventanales ahora cubiertos por cortinajes lilas con manchas rojas, Dafne buscó con la mirada por toda la estancia.

—¿Qué buscas, Dafne? —preguntó el hombre sin moverse, con una sonrisa como de disculpa en los labios y un brillo de picardía en los ojos.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—No te hagas el tonto —replicó Dafne adelantándose hacia una puerta.

La abrió para mirar lo que había al otro lado y descubrió una cocina en la que no había nadie.

—No te entiendo, Dafne. Yo te esperaba y...

—¿Dónde está ella?

—¿Quién?

—¿Me crees una estúpida? —le preguntó mirándole directamente a los ojos. Había agresividad en Dafne, agresividad y una clara expresión de ofendida.

—Me parece que te estás liando.

—La he oído, la he oído reírse, no puedes engañarme.

—¿Que la has oído reírse, dices? —De pronto, él estalló en una carcajada que fue muy sonora. Llenó toda la casa y retumbó dentro de la cabeza de la joven.

—¿Después de que he venido como pediste te burlas de mí?

—No, no es eso, disculpa si te he molestado. Mientras llegabas, repasaba mi trabajo. Ya sabes que quiero llegar a ser director de teatro y quizás de cine algún día. Aunque sean cosas muy distintas, pueden simultanearse.

—Mira —le pidió, acercándose a la mesa donde había una grabadora. Al pulsar la tecla de "play" comenzó a dejar escapar voces y entre ellas, carcajadas femeninas—. Habrás escuchado esto.

Dafne quedó aturdida, ridículamente confusa. Se sintió como una mujer celosa que por la ceguera de los celos cometía una torpeza detrás de otra.

—Sí, soy una estúpida —reconoció— Te sabía solo y al oír voces no se me ha ocurrido pensar en la grabadora.

—Es un instrumento de trabajo. Me sirve para control de personajes, de voces. Al espectador no se le puede ofrecer una confusión de voces sino mensajes limpios, nítidos.

Sin detener la grabadora, Tade se acercó a Dafne. La cogió por los brazos, la atrajo hacia sí y la besó en los labios.

—No sabía que fueras tan celosa.

—Tade, te quiero, te quiero —repitió ella, pegando su rostro contra el tórax masculino. —Y yo a ti, pero cada vez que quiero amarte sucede algo que lo impide.

—Ahora no ocurrirá nada, nada.

—Estás muy segura —dijo él, estrechándola contra sí.

—Ahora estamos solos, solos con una grabadora, nada más.

—También estábamos solos en el bosque.

—No recuerdes el bosque, no lo hagas, por favor. Si le oigo llorar no podré resistirlo.

—Te taparé los oídos con mis manos, con mis besos.

—Si no te tuviera a ti, me volvería loca.

—Debes sosegarte. Estamos en el campo, en la casa hermosa de que te hablé. Aquí no tienes nada que temer, nada.

Se escuchó una risa femenina que sobresalió por encima de las demás. Dafne, asustada, apartó su cabeza del pecho de Tade y quedó tensa, a la expectativa.

—¿Qué te pasa ahora?

—La risa...

—Sale del magnetófono, ¿no te das cuenta?

—Es la risa de ella.

—¿De ella, de quién?

—De Mary, es la risa de Mary.

—¡Qué tontería! Mary es enfermera, no actriz.

—Pero es su risa —insistió.

—Imaginaciones tuyas.

—Dafne, Dafne, ¿me oyes? ¡Estoy aquí!

—¿La has oído? ¡Es ella!

—Imposible, esta grabación la hice yo mismo.

—¡Pero es ella, me llamaba! ¿No acabas de oírlo?

Se apartó de Dafne y acercándose a la mesa, detuvo la grabadora.

—Es una cinta de trabajo, olvídala.

—Me ahogo aquí dentro.

—Afuera hace una brisa fría.

—Es igual, quiero salir, me ahogo —repitió Dafne.

—Es increíble, pero siempre hay algo que nos separa.

Dafne comenzó a caminar rodeando la casa de la colina en torno a la cual había pocos árboles, todos ellos Cipreses.

—Mira, allí está el pozo.

Se podían ver unos tablones en el suelo en un lugar donde había tres Cipreses. Dafne se acercó a los maderos que mal cubrían un agujeró en la tierra.

—¿Sabías que este pozo estaba aquí? —preguntó Tade, perplejo.

—Sí, desde hace muchos años. Esos tablones protegen de que nadie caiga en su Interior, es un pozo envenenado, nadie bebe de aquí porque sus aguas provocan la muerte.

—¿Sabes si es muy profundo?

—Pues, no lo sé —dijo Dafne adelantándose.

Al apoyar uno de sus pies en el madero, éste crujió amenazadoramente.

—Cuidado, se va a romper.

—¿Lo oyes, Tade, lo oyes ahora?

—Es como el llanto de un niño, ¿verdad?

—¡Es él, es él, vámonos, vámonos de aquí, regresemos a la casa!

El hombre la siguió, pero su mirada iba hacia atrás.

El llanto del niño, quejumbroso, lastimero aumentaba de volumen.

Dafne, no queriendo oírlo, echó a correr para entrar en la casa.

Jadeante, se apoyó en la mesa y se volvió para esperar a que llegara Tade y pedirle que cerrara la puerta.

Mas, para su sorpresa, en el umbral apareció el muñeco con su antifaz y las ensangrentadas tijeras en la mano. El tamaño no era el de un muñeco, sino el tamaño natural de un hombre.

—¿Qué haces aquí? ¡Márchate, márchate!

El muñeco, grande como un hombre, avanzó hacia ella. Dafne retrocedió y se internó en una alcoba donde había una cama.

Puso el cerrojo para impedir la entrada del muñeco que la acosaba, pero éste comenzó a golpear la puerta hasta romperla.

Dafne retrocedió hasta la cama y el muñeco, con una sonrisa en su boca y en sus ojos que podían verse por los agujeros del antifaz, avanzó hacia ella y la tumbó sobre la cama.

—¿Qué vas a hacer? ¡Déjame, vete y no vuelvas, no vuelvas! —suplicó sin que él le hiciera caso.

Con sus tijeras, el muñeco comenzó a cortar de abajo a arriba el vestido de Dafne, buscando su desnudez. Ella no se atrevía a moverse, las tijeras rozaban su piel amenazadoras. Subieron desde su vientre al estómago y pasaron por entre sus pechos que se desbordaron exuberantes.

—¡No me hagas nada, déjame, déjame!

Sintió su propio cuerpo ardiente como un volcán y comenzó a sudar por todos sus poros mientras aquel ser montaba sobre ella y Dafne no sólo no se lo impedía sino que separaba sus muslos y daba facilidades para la penetración.

Lo sintió dentro de sí y fue como sorber lava ígnea, se sintió quemar. Se sentía violada y al mismo tiempo, había una tácita

aceptación por su parte, como una virgen ofrecida al sacrificio de los dioses que no se revelaba ante su sangriento destino.

Mientras todo su cuerpo era sacudido violentamente, oía llantos de un niño, quejumbrosos y multiplicados, como si los niños fueran ahora cientos, todos llorando obsesivamente.

—¡Nooo, nooo! —gritó, y tomando las tijeras las clavó con fuerza en el pecho del muñeco que se echó hacia atrás, tambaleándose.

En aquel momento, algo estalló en la mente de Dafne. La luz se hizo oscuridad, la oscuridad se rompió y se llenó de luces como un cielo plagado de estrellas.

CAPÍTULO XIV

—¿Te encuentras bien? —preguntó la mujer sentada a su lado sobre la cama donde Dafne yacía medio desnuda. Esta volvió la cabeza y la reconoció, tendiéndole los brazos.

—¡Mary! —Se echó a llorar convulsivamente.

—Tranquila, tranquila. Te he oído gritar en la pesadilla que tenías.

—¡Lo he visto claro, Mary, el muñeco es él!

—¿Quién, Tade?

—No, no, es Arthur.

—¿Y quién es Arthur?

—Arthur era mi vecinito. Era pequeño y yo lo vestía como si fuera un muñeco, yo era una niña. Fue horrible, horrible.

—Anda, cálmate y Cuéntamelo todo.

—Creí que lo había olvidado, pero él, él me persigue.

—¿Y qué pasó con el pequeño Arthur? —preguntó Mary paciente.

—Jugando, yo lo empujé al pozo y desapareció, fue horrible, le oí llorar, tuve miedo y escapé a casa corriendo. Al día siguiente, yo me marchaba al colegio interna. Me lo contaron meses más tarde, Arthur había muerto al caer accidentalmente dentro del pozo, eso es lo que todos creyeron, pero fui yo quien lo empujó. ¿Lo entiendes? ¡Yo soy la asesina de Arthur!

—Fue un accidente, Dafne.

—Creí haberlo olvidado, pero en los grandes almacenes se fue la luz y el muñeco vino a mí, pero no era un muñeco, es Arthur que regresa de la muerte para vengarse y no sabe cómo hacerlo, porque me odia pero también me quiere, yo, yo era su amiga.

—Tú cogiste el muñeco en los almacenes, Dafne, lo cogiste tú y no hubo ningún apagón de luz.

—¡Sí, sí hubo un apagón!

—No, no lo hubo, sólo lo hubo en tu mente. Te oí contarlo y he podido comprobar que no hubo ningún apagón. No es el muñeco el

que te castiga —le dijo Mary acariciándole los cabellos —, es tu propia mente que guarda el secreto de la muerte de ese niño dentro del pozo.

—¿Mi mente? No, no, es el muñeco, tiene las tijeras. El asesinó a Rose porque ella iba a tirarlo a la basura y era como arrojarlo al pozo de nuevo. El se vengó, fue ese muñeco que tiene el alma de Arthur.

—El muñeco no tiene vida, fuiste tú. Hubo un testigo que vio una mujer y se creyó que podía ser Hanelore, pero no fue ella sino tú.

—¡No, no, tú no eres Mary, tú eres la loca!

Gritando, Dafne la agarró por el cuello con intención de estrangularla.

—¡Déjame! —chilló Mary— ¡Hanelore mató a Hunter, pero tú mataste a Rose!

—¡No, yo no, yo no!

—¡Sí, tú también estás loca!

Las dos mujeres se enzarzaron en una feroz pelea. Cayeron de la cama y rodaron por el suelo hasta que Dafne logró darle un fuerte golpe a Mary. La cabeza de ésta dio contra la pata de la cama y quedó inconsciente.

Dafne se levantó jadeante. Sacudió la cabeza y entonces comenzó a oír los llantos de un niño, llantos quejumbrosos que procedían del armario al que se acercó lentamente. Cogió los pomos de la doble puerta y la abrió con brusquedad.

Del interior del armario salieron unas manos sosteniendo al muñeco y lo empujaron hasta golpear la cara de Dafne.

Dafne se echó hacia atrás y cayó sentada en la cama mientras en el interior del armario Hanelore reía histéricamente.

EPILOGO

Tade detuvo el coche frente al manicomio penitenciario. Mary, a su lado, tenía el rostro preocupado.

—Yo, de ti, esperaría un poco de tiempo.

—Es que quiero verla.

—Se curará y Hanelore también, pero la mente no se cura en unas pocas semanas.

—Hizo cosas muy raras, pero no pude ni imaginar que estuviera loca.

—Convirtió un muñeco robado en los grandes almacenes en su verdugo torturador por lo que había hecho siendo niña.

—Pero, la muerte de Rose...

—Dafne tenía ya dos personalidades. Quiso alejar de sí el muñeco, pero cuando Rose se lo llevó, su mente enferma la mató, fue como vengar la muerte del niño. Ahora ya sabemos cuál es su problema y los psiquiatras la curarán. Yo volví al apartamento cuando el inspector Duncan re confirmó que había sido una mujer quien había matado a Rose usando las tijeras. Aunque Hanelore las empleó para asesinar a Hunter, todo se debió a una casualidad. Cuando comenté el apagón de luces de los grandes almacenes que nos había contado Dafne y me dijeron que no se había producido tal apagón, comencé a sospechar que la mente de Dafne no estaba bien, por eso vine y la encontré en plena crisis de pesadilla. Me lo contó todo. Menos mal que había avisado privadamente al inspector Duncan de que iría al apartamento y estuvieron vigilantes. Habían colocado escuchas electrónicas en el apartamento sin que lo supiéramos y llegaron a tiempo. No sabemos qué hubiera pasado entre Dafne y Hanelore s1 llegan a luchar a muerte.

—Tienes razón. —Puso el coche de nuevo en marcha— Pasaré por el manicomio dentro de un tiempo, cuando Dafne se encuentre mejor. Lo guardaré y se lo volveré a traer dentro de un año.

—¿El qué guardarás? —preguntó Mary mirando hacia el asiento posterior donde había un paquete envuelto con papel de regalo y un

gran lazo azul.

—Un muñeco, le gustan mucho los muñecos. Es un payasito con antifaz, ahí está.

¿Crees que le gustará?

El coche arrancó alejándose del manicomio. Mary se había quedado sin habla.

F I N



Sucesor de los grandes maestros del terror Edgar Allan Poe y Lovecraft, escritores que jamás caerán en el olvido aunque sus cuerpos ya estén más allá de la muerte. Ralph Barby mantiene vivo este género clásico e inmortal, porque el ser humano siempre tendrá miedo a lo que ignora, a esos seres que quedan al margen de las dimensiones conocidas.

Autor de títulos estremecedores, Ralph Barby seguirá proporcionando a sus lectores nuevas historias a través de esta colección ESCALOFRIOS DE TERROR, una exclusiva de Ediciones Olimpic S.L., porque estremecernos de miedo es un placer que nos hace sentir más vivos.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts